

nunca á la jóven doncella; estaba en aquella casa más bien que como sirvienta, como una de la familia.

Raro era el dia que Colás no iba á visitarla.

La marquesa, como hemos dicho, estaba completamente ajena á semejante novedad; de haberlo sabido hubiera montado en cólera, ¡y quién sabe lo que hubiera hecho! Pues en cuanto al cumplimiento de sus mandatos era rigurosa, y mucho más tratándose del orden de la casa.

Pero era imposible que averiguase nada; tenia tal gracia la jóven, que ninguno de sus compañeros, á haber sabido lo que pasaba, la hubiera delatado.

Era querida de todos, porque á todos hacia buenos servicios.

En fin, cuando Miguel, *el feroz perro de presa*, como le llamaban en burla los criados, rompía su consigna para dejar entrar á aquel amante, grande deberia ser el ascendiente que Jacinta tenia con todos.

Era allí la dueña de la casa, pues gracias á su disposicion la marquesa no tenia necesidad de rozarse más que con ella.

Jacinta valíase de eso; todo marchaba perfectamente, todos cumplian con su obligacion sin necesidad de reñir una sola vez.

El orden de la casa iba admirablemente; los criados trabajaban de buena gana, pues Jacinta lo ordenaba todo con la sonrisa en los labios.

Llegó á tomarla la señora marquesa un cariño entrañable; le parecia Jacinta irremplazable, en el caso de faltarle algun dia.

Tenia todas las condiciones que para ser doncella de aquella casa se necesitaba.

Ella estaba en grande; todo era suyo, disponia de cuantas cosas habia allí á su arbitrio.

La marquesa ni queria tomar la cuenta de nada; la jóven gobernaba y disponia.

Nadie tampoco murmuraba de la entrada de aquel jóven, pues Jacinta habia llegado á hacerse invulnerable; al que hubiese osado levantar la más pequeña murmuracion, los demás compañeros indignados le habrian hecho callar; en fin, era en la jóven en quien descansaba todo, gracias á sus buenas cualidades.

Era muy aficionada á vestir con alguna elegancia, se entienda, entre las de su clase.

Habia comprendido perfectamente, á pesar de no ser de Madrid, la coquetería madrileña.

En las situaciones se presentaba tal como el asunto requeria; ante la marquesa, ruborosa y conteniendo el aliento; ante los criados, amable, risueña y al mismo tiempo enérgica y digna; ante su amante, apasionada como ninguna otra; ante todos los demás, risueña y festiva, vana y ligera en sus palabras.

No temia que llegase el dia en que la señora de la casa tuviese conocimiento de que quebrantaba ninguna de sus leyes, pues la marquesa imponia dos leyes: primera, que ninguna visita para ninguno de sus criados entrase de la puerta para dentro; segunda, que ninguna de las habitaciones del edificio fuese ocupada por gente extraña.

La primera ya hemos visto que era quebrantada por Jacinta; la segunda era tambien quebrantada; veremos cómo.

La portera de la casa era una mujer que tendria muy cerca de sesenta años.

Varias veces habia visto con tristeza que magníficas habitaciones podian alquilarse en el último piso, las cuales producirian una buena renta á la señora; pero no osó decir á esta una palabra porque conocia ya sus intenciones en tal asunto.

Ella era vizcaina; habíase presentado cierto dia una jóven recomendada por una amiga suya del país.

Llamábanla á aquella portera la señora Escolástica.

Como la jóven que le habia venido recomendada estuviese con muy pocos recursos y le diese alguna lástima su estado y su soledad en Madrid, un sentimiento de caridad le inspiró la idea de que durmiese en una de las habitaciones del último piso de la casa, contando con que así podria estar mejor á su mira y servir más fielmente á la persona que se la habia recomendado, segura de que la marquesa no llegaria á aperebirse de semejante cosa, puesto que la jóven, como trabajadora que era, tendria que levantarse bien pronto, á una hora en que ninguno de los criados podia darse cuenta de ello, y que, como volveria al anocheecer, tampoco nadie repararia en ella; en todo caso, tenia la disculpa de decir que era una sobrina suya.

Habíanse pasado así muchos dias, y se arreglaba bastante bien; nadie se habia enterado de nada.

La jóven se hallaba á gusto y trabajaba un poco; la misma señora Escolástica le habia proporcionado trabajo; por supuesto que aquella jóven forastera no era ingrata á los cuidados y atenciones con que la miraba la señora Escolástica, y esta no estaba descontenta del pago que aquella le daba.

Por otra parte, la jóven se hallaba bien, porque estaba acompañada con una buena persona, con quien la cuidase

en caso de enfermedad, ó la ayudase en alguna circunstancia crítica de esas imprevistas que suelen en la vida presentarse.

De modo que las dos principales órdenes de la marquesa eran burladas; por supuesto que de esto nadie de fuera estaba enterado; todo quedaba allí dentro; las apariencias se guardaban perfectamente.

Ni una sola persona extraña se enteró de lo que sucedia, ni hubiera sido posible que se hubiera enterado.

Aquella casa, á pesar de todo, seguia pareciendo un templo; nadie entraba ni salia que no fuera con un objeto piadoso.

Nadie se hubiera atrevido á hablar de ninguna persona de las que allí vivian en ningun sentido; todas eran buenas, santas, irreprochables, puras; siempre seguia dominando allí dentro el mismo respeto.

Sin embargo, sin saber cómo, la marquesa supo un dia que la señora Escolástica faltaba á sus mandatos y deberes; habia llegado á sus oidos que admitia á una jóven forastera en su casa, pues la habitacion de la portera se hallaba en el último piso, y mandó poner á aquella en la calle inmediatamente.

La portera se apresuró á hacerlo, puesto que si no la haria su ama abandonar la portería, por más que dijo que era sobrina suya y manifestó los compromisos en que se habia visto para admitirla.

El enojo de la señora fué pasando y volvió á restablecerse allí la calma habitual.

Todo concluyó con que la jóven mudara de domicilio.

Habia ido ganando un poco durante los dias que en aque-

lla casa permaneció, y ya se veía algo más desahogada para vivir con libertad é independencia; además habia encontrado quien la diese cuanto trabajo la hacia falta.

Las entradas del jóven Colás para ver á su amada no llegaron á saberse nunca; siguieron en el mismo misterio; es verdad que la jóven Jacinta se daba un arte verdaderamente magnífico para que nadie se apercibiera de los enredos que traía.

### CAPITULO III.

#### Los huéspedes de doña Protasia.

En un piso tercero de la calle de Jacometrezo, donde habia una célebre ama de huéspedes llamada doña Protasia, vivian cuatro ó cinco estudiantes.

Esta señora doña Protasia era un tipo singular; era una mujer que no tenia rival en Madrid, entre las amas de huéspedes, en ningun concepto.

Habia hecho un estudio filosófico de todos los detalles de la vida diaria de un hombre y arreglaba de tal modo las cosas, que por la mitad de coste que cualquiera patrona daba á sus huéspedes tan buen trato como otra lo hiciera.

Tenia fama, sobre todo entre los estudiantes; así es que rara vez habia en su casa una habitacion desocupada; todas las alquilaba, las tenia siempre llenas, y apenas un cuarto quedaba vacante, ya tenia cinco ó seis solicitudes para que lo diese.

No eran solo estudiantes los que allí iban á parar; habia tambien algunos oficiales de la guarnicion de los de menor categoría, pues allí, ya se sabia, se iba á pagar poco.

Tenia doña Protasia una verruga en la nariz y otra en el carrillo izquierdo; tenia tambien alguna barba y no se afeitaba nunca.

Su golpe de vista era admirable; su olfato exquisito; rara vez habia dejado tal ó cual huésped de pagarla; raro era el que á doña Protasia se la pegaba, porque, eso sí, allí se pagaba poco, pero era preciso que la paga anduviera corriente.

A pesar de esta circunstancia agravante, muchos estudiantes preferían aquella casa á ninguna otra.

Reinaba en ella, como puede suponerse, el buen humor.

Cuando llegaba el Carnaval, casi todos los que habitaban en casa de doña Protasia ingresaban en las estudiantinas que desde dos meses antes andan recorriendo la corte.

Podía también verse á los alegres moradores de dicho piso tercero los domingos en los salones de Capellanes, y á ciertas horas á las puertas de los talleres de las modistas.

La sociedad por lo tanto, como ya vemos, era escogida y homogénea.

Reinaba entre todos los huéspedes una confianza ilimitada, y esto era precisamente por lo que más se distinguía aquella casa.

En cuanto los estudiantes veían á alguno de sus compañeros que habia tenido la dicha de hallar un acomodo en el cuarto tercero de la *Señora de la verruga* le tenían por dichoso y le miraban con envidia.

La casa de la verruga solía llamársela entre los estudiantes forasteros.

Eran los jóvenes que allí habitaban la extrema izquierda de todos los motines en todas las cuestiones universitarias, siempre los de más avanzadas ideas, los más discolos, los que más gritaban y alborotaban cuando llegaba un día de jarana, los que más bullían en todas partes.

Formaban aquellos seres dichosos un centro distinguido.

Hemos dicho que eran todos los inquilinos de aquel piso tercero estudiantes ú oficiales de corta graduacion; como puede suponerse, entre ellos se mezclaban algunos que no eran ni una cosa ni otra.

En la época que colocamos esta parte de nuestra historia, Alfonso vivía allí.

En casi todas las casas inmediatas daba la casualidad de que á una hora ú á otra siempre habia algunas jóvenes á los balcones.

Lo primero que hacían al asomarse á ellos era tender una mirada á la *casa de la verruga*, célebre en la calle, puesto que era célebre en Madrid.

Siempre habia entre el balcon de la casa de huéspedes y algunos de los inmediatos conversaciones vivas y punzantes, como las que puede haber entre muchas jóvenes, libres y de buen humor, ya doncellas, ya modistas, ya costureras de cualquier ramo, y muchachos forasteros, estudiantes calaveras y demás gente de poco seso y mucho humor.

De balcon á balcon se arreglaban muchas partidas de campo, se pedía el primer wals ó la segunda polka, se daban cita para la esquina inmediata ó para el paseo H ó B., se concertaban meriendas, se disponían cenas, etc., etc...

Todos los estudiantes que á aquella casa acudían eran ya de alguna edad, todos pertenecían á facultad mayor; el que menos tendría diez y seis ó diez y siete años; eran pues ya estudiantes de alguna categoría; pero á pesar de eso, en cuanto el día 15 de cada mes llegaba, comenzabanse á ver caras tristes y desconsoladas, rostros compungidos y miradas lánguidas y pensativas.

En cambio la primera quincena de todos los meses era deliciosa.

Como ninguno de ellos era estudiante rico, la paga que recibían, bien de sus casas ó bien en otro cualquier concepto, pues muchos se ganaban la vida con su trabajo, aun siendo estudiantes, era bien corta; á pesar de eso, se le hacia durar quince dias; los otros quince eran dias fatidicos, en que no se veia el sol, segun la expresion de los jóvenes. Lo que no se veia era sin duda la moneda.

A los militares les sucedia algo de lo mismo.

A pesar de todas las contrariedades eran felices.

Pocos puntos de contacto tienen los estudiantes de Madrid con los estudiantes de Paris y de otras grandes poblaciones.

Lo primero en que piensa un estudiante en Paris, y esto no es de ahora, sino de hace ya mucho tiempo, es en buscar una compañera que le ayude á sobrellevar los afanes del estudio.

En Madrid no; en todo hay excepciones, pero no es eso lo general; lo que aquí un joven piensa es en divertirse á todo trance; Vénus para él no es un centro de gravedad, es un incidente y nada más; hay otras cosas que le llaman tambien la atencion.

Hay de todo, volvemos á repetir; la juventud lleva consigo siempre ese delirio que se llama el amor.

En la época á que nos referimos, la casa de doña Protasia estaba más concurrida que nunca; eran siete los estudiantes que allí habia.

A uno de ellos le llamaban el Enamorado.

Cada curso suspenso en Madrid no consistia más que en venir á la córte á primeros de Octubre, presentar la matrícula,

comprar los libros y colocarlos encima de la mesa de su alcobá; en seguida, con todo el dinero que traia en el bolsillo, ir á casa del sastre á que le hiciera un traje completo de moda, con el pantalon muy ajustadito y con el talle muy ceñido; se compraba media docena de corbatas de diferentes colores, se iba á casa del peluquero á ponerse hermoso, como él decia con fruicion, y empezaba á visitar desde luego las novias del curso anterior y á otras nuevas.

En eso pasaba todas las horas del dia y de la noche.

No era aficionado á jugar al billar, ni fumaba mucho, ni tenia ningun vicio conocido; no pensaba más que en amar.

De la Castellana se iba á la plaza de Oriente, de la plaza de Oriente á la calle Ancha de San Bernardo, de la calle Ancha de San Bernardo á la calle de Toledo.

Tenia una novia en cada una de las diferentes clases de la sociedad; en un mismo dia se arrodillaba delante de una marquesa y besaba la mano á la hija de un maestro de ceremonias, jugueteaba con una modista de la calle de Espoz y Mina, y se citaba en un café de los barrios bajos con una de aquellas mozas de pañuelo á la cabeza.

Su amor recorria todos los tonos, todo el diapason social.

Era todo un D. Juan Tenorio, sin la fiereza de aquel; era un hermoso tigre con las uñas cortadas; así le complacia que le llamasen sus compañeros.

Rendia á todas aquellas á quienes se acercaba, y una vez rendida la joven que pretendia, volvia la espalda é iba á buscar otra conquista.

No tenia otra ocupacion que aquella.

Cuando habia enredado de tal modo la madeja que no habia calle por donde pudiera pasar impunemente, ya bien por

las muchas novias que por allí habia dejado, ó por las que habia hecho de nuevo; se iba á la universidad, como puerto de refugio; esto sucedia de tarde en tarde, tres ó cuatro veces al año; entonces era cuando tenia conocimiento de á qué lugar de la asignatura llegaba la clase, de si constaba ó no constaba en lista, ó de si habia sido admitido á examen, lo cual, dicho sea de paso, le importaba bien poco.

Los amores le absorbian por completo; de lo que ménos se ocupaba era de escribir á sus padres, á pesar de que de estos recibia cartas muy frecuentemente.

Su madre le enviaba muy á menudo dinero; era un estudiante de los que más recibían; sin embargo, todo lo gastaba en guantes, en perfumería, en ropa elegante, en bastones de junco, de los cuales tenia una docena; en todas las demás cosas era completamente despreocupado.

A él, que le hablaran de política, que le hablaran de filosofía, era todo lo mismo: buscar una aventura y dejar otra, á eso se reducía su existencia.

A todas las discusiones que en la mesa se armaban, él estaba ajeno; hubiérase dicho que no entendia de aquello, y acaso quien hubiese asegurado tal cosa no se hubiera equivocado.

Era un poco amadonado, y no siendo con las mujeres perdía su osadía habitual.

No sabia una palabra de la carrera, y sin embargo, ignoramos por qué procedimiento habia ganado tres cursos, de modo que estaba en cuarto año; si se hubiese ido á ver sus libros, estarian llenos de polvo; preguntadle de qué autores eran, y no sabia responderos.

Algunas veces se le veia á caballo; iba á la Castellana á

hacer la corte á alguna jóven que le habia llamado la atención; es lo cierto que era afortunado para lances de esta índole.

Su equipaje era muy gracioso; consistia en un legajo de más de doscientas cartas de amor de diversos colores, impregnadas en diferentes aromas, unas escritas con tinta de moras, en las cuales se leia muy á menudo:

«Ya ves si te querré, cuando mojo la pluma en sangre de mis venas. Esto no lo he hecho más que por tí en mi vida, te lo juro. ¡Cuánto te amo!»

Otras estaban llenas de pensamientos secos y extendidos entre hoja y hoja; otras con yerbas de olor entrelazadas, que á pesar del mucho tiempo que hacia que estaban separadas de la rama, todavía conservaban algun aroma.

Tenia Casimiro, pues así se llamaba el jóven que nos ocupa, unas dos docenas de fotografías de mujeres casi todas hermosas, y tambien de diferentes clases sociales.

Junto á una bailarina se veia una dama de la aristocracia, junto á una ribeteadora una doncella de servicio, junto á una actriz una dama del gran mundo.

Cuando no sabia qué hacer, desenvolvía los legajos de cartas y de retratos que habia en su baul y se ponía á leer aquellas y á repasar estos.

Casimiro tenia el sentimiento del bien; era bueno, era sencillo y franco, de simpática fisonomía, de bastante instruccion, pero instruccion general, no la que dan los libros, porque al lujo de los libros habia renunciado.

—Un lujo es la ciencia, repetía á boca llena y se quedaba tan satisfecho.

Sus compañeros todos le querian; aunque apenas le alcan-

zaba el dinero para observar aquel género de vida que estaba trayendo desde hacia tres años, cuando podía disponer de algo era generoso; nunca negaba lo que tenía á sus compañeros, una vez con medios para lograr satisfacer todos sus caprichos.

Otro de los estudiantes se llamaba Carlos; era este de un carácter muy particular.

Los que no le conocían le encontraban un tanto brusco, pero los que se hallaban acostumbrados á su trato y le conocían bien veían en él á un amigo adorable.

Se distinguía por varias razones: era sumamente estudioso, perdía la salud de tanto estar sobre los libros; de noche, de día, á cualquier hora estaba estudiando, y á pesar de eso tenía tiempo para todo y era de los más animados: por lo que más se distinguía era por su carácter bondadoso, pero bondadoso allá á su modo, de una manera que no todos profundizaban.

Rara vez salía de sus labios una alabanza; cualquiera hubiera dicho que no se ocupaba de otra cosa que de corregir los defectos de los demás.

A todos criticaba, á todos les decía sus vicios, pero de una manera que ninguno podía darse por resentido; en lugar de ser una censura, era una lección lo que salía de sus labios.

Tenía sumamente desarrollado el sentimiento de la dignidad; ponía un cuidado exquisito en no herir con sus palabras y al mismo tiempo en no adular; cuando había que optar entre una y otra cosa, prefería herir, eso sí, esa era su rareza; sin embargo, no tenía reparo en confesarlo.

Era de todos el que más sabía y el que menos lo demostraba; no le gustaba hablar de nada que concerniese al estudio.

No se jactaba de los conocimientos que había adquirido ni del puesto principal que ocupaba en todas las clases.

Era noble, franco y sincero, generoso como ninguno, más que ninguno. Entre la generosidad de Casimiro y la de Carlos había una gran diferencia; lo de Casimiro era para él y para los demás igualmente; lo de Carlos era para todos antes que para él.

Había hecho un estudio especial para dominarse; no hubiera dicho nadie que tenía veintidos años; parecía más bien tener cuarenta.

Eran en él innatos el sentimiento de la igualdad y el de la libertad entre todos los compañeros; sin embargo, á él no se concedía esos derechos; tenía por el último de todos y en ciertas cosas era el esclavo de todos.

En cuanto á sus juicios, con los amigos era severo y con los extraños benévolo; adulator ya hemos dicho que nunca; era de lo que más huía; parecía que era el vicio que más rebajaba á un hombre; en medio de todo era tolerante.

Era con el que más se podía contar para cualquiera cosa, ya fuese un compromiso, ya fuese una fiesta, ya una reunión para estudiar; en fin, para cualquiera cosa.

Entendía algo de todo; no se circunscribían sus conocimientos á los que su carrera le daba; era algo músico, algo poeta, algo pintor, pero para sí, por el gusto de serlo, por satisfacer sus aspiraciones y los sentimientos de su corazón, no para brillar en ninguno de aquellos ramos; así es que nadie sabía que Carlos poseyera aquellos conocimientos sino porque se lo decían unos á otros cuando llegaba la oportunidad.

Creía que había una palanca poderosa para remover todos

los obstáculos sociales que se oponen al hombre al realizar un ideal, al cumplir un fin en esta vida.

Esta palanca poderosa era la tenacidad, el empeño...

Le importaba bien poco el juicio que de él se formase: era así por *ser así*, porque eso le dictaba su conciencia.

Gustaba poco de que se ocuparan de él, y él jamás lo hacía de sí mismo.

En cualquiera empresa en que hubiera hecho falta un mártir, todos hubieran podido asegurar que aquel lo hubiera sido; lo hubiera sido de buen grado, generosamente, no porque se hubiera ponderado su martirio.

Era exacto en todas las citas y formal hasta en los más pequeños detalles de la vida.

Cuando prometía una cosa la cumplía siempre; cuando quedaba en acudir á un sitio, estaba allí al sonar la primera campanada de la hora que había dicho.

A pesar de tener en las clases un distinguido lugar, no se jactaba de ello, ni le envanecía, ni se rozaba con los profesores.

En cualquiera cuestión que hubiera entre catedráticos y discípulos, siempre estaba de parte de los discípulos; es decir, de parte de los débiles cuando estos tenían razón; cuando no la tenían se callaba y se excluía, pero jamás se ponía contra sus compañeros.

Hubiera brillado en cualquier ramo de la ciencia del hombre á que se hubiese dedicado seriamente; hubiera sido un gran poeta, un gran pintor, un gran abogado, un gran médico, un gran ingeniero; sin embargo, hubiera hecho poco por subir.

El porvenir le inquietaba bien poca cosa, y eso que no

era rico; ni esta circunstancia le humillaba ni procuraba enaltecerse con ella; jamás se preocupó de semejante cosa, y á ninguno de sus compañeros se les ocurrió pensar tampoco en ello; sabían que Carlos en absoluto valía más que todos ellos, así es que no había uno que no le respetase, á pesar de que había algunos que no le querían tan bien como los demás.

Otro de los estudiantes era un tipo especial.

Se llamaba Eloy; era todo un calavera; asistía á las clases con la puntualidad que su compañero Casimiro.

Las asignaturas de que podía dar más razón eran las de los bastidores de los teatros y las de los *restaurants* de Lhardy y los Italianos; allí era donde él brillaba.

Todas las coristas y bailarinas de Madrid eran sus amigas; cenaba á menudo con alguna de ellas.

No sabía en qué día vivía, ni en qué mes estaba, ni qué hora era; esto último lograba saberlo rara vez, pues que su reloj iba pocas veces consigo; decía cuando se le preguntaba por casualidad qué hora era:

—Tengo el reloj á componer; y entre tanto, el reloj estaría probablemente acariciado por las manos de algun presamista, que soñaba con que se cumpliera el plazo de la papeleta que hacía pocos días había dado por él.

Era escritor secundo, pero escritor á su manera.

Tenia mucho nombre; en cuanto llegó á Madrid se encontró con una fortuna loca.

Se llamaba estudiante por lujo; pero ya hemos dado á entender lo que estudiaba. Dos años hacía que había llegado á Madrid desde su pueblo, y no había salido de él; ¿qué le importaba de lo que hicieran sus padres?

Apenas pasaba día sin que apareciese al público algun trabajo suyo; habia invadido la prensa, el teatro, las librerías con sus producciones.

Se escribía una comedia en una noche, un artículo en un cuarto de hora; hacia una poesía mientras tomaba café ó tiraba una carambola; pero tenían sus producciones tal suerte que en seguida encontraban comprador.

Los editores le buscaban; los empresarios disputábanse sus comedias; los periodistas le estrechaban la mano con orgullo.

No estaba en ningun periódico; escribía en todos y en todos los tonos, unas veces en estilo sério, otras veces en estilo festivo; versos, poesías, artículos, sueltos políticos de cualquier opinion, á él lo mismo le daba; sainetes, dramas, á él le eran igual.

No tenían sus obras gran fondo; á los quince días de publicadas ó de representadas ya nadie se acordaba de ellas; pero por de pronto daban algun resultado á los que le explotaban y á él.

Ganaba mucho, como hemos dicho, pero casi nunca tenia nada; era aquello un misterio para todos los que le trataban; un día se le veía en la Castellana elegantísimo, y al día siguiente con los zapatos rotos y la levita raída; nadie acababa de explicarse aquellos cambios repentinos.

—¿Cómo es posible, decían sus compañeros, que en veinticuatro horas haya echado á perder un traje y un par de botas?

Sabíase que tal día habia cobrado en un teatro cincuenta duros y en un periódico veinte, y á las doce de aquella misma noche pedía dinero á cualquier amigo que encontraba en el café.

Tenia todos los vicios y no tenia ninguno; ni podia llamársele jugador, ni bebedor, ni despilfarrador, y sin embargo, él jugaba, él bebía y se emborrachaba, él tiraba por un lado y otro.

Era un torbellino su conversacion.

Se le veía en todos los cafés, en todos los teatros; era axioma suyo no volver dinero prestado; cuando le adelantaban dinero por algun escrito, no hacia el trabajo que habia prometido hacer.

Pasábase dos y tres noches seguidas sin parecer por casa.

Siempre estaba contento, con dinero y sin él; era el que más ganaba de todos los amigos, y el que se encontraba más veces apurado durante el mes.

Tachábasele por sus enemigos ó por sus envidiosos de vano en sus obras, y cuando esto llegaba á sus oídos hacia un escrito lleno de filosofía y de erudicion para demostrar lo contrario que aquellos afirmaban; el artículo gustaba, se aplaudía y se comentaba por todas partes; al día siguiente aparecía otro sin gracia, escrito á la ligera, sin fondo ni forma, y sin embargo, gustaba tambien.

Nadie se explicaba aquellos éxitos; todos comprendían que no habia nada en las producciones de Eloy y todos las leían.

Era informal; no acudía á ninguna cita á que prometía acudir; no se sacrificaba por nadie, ó mejor dicho, no pensó nunca en sacrificios.

Otro de los estudiantes se llamaba Enrique; era la alegría personificada; siempre estaba con la sonrisa en los labios, y en la misma actitud podia verse siempre á los que le rodeaban, á todos cuantos hablaban con él.

Era la animacion de la casa.

Lo hacia por carácter, no por pretensiones de ingenio ni por vanidad.

Tenia un gran talento, estudiaba poco y lo aprovechaba mucho; era de los que más sabian en las cátedras, pero no queria hablar nunca de ello.

Media hora que dedicara á los libros le equivalia al trabajo que otro hacia en cuatro.

Ponia tal cuidado en sus chistes, que jamás heria á ninguno.

Era de los que tenían más edad, y sin embargo, parecia el más jóven; cualquiera al verle hubiera dicho que no tenia penas.

En medio de su aparente ligereza de carácter cumplia lo que prometia; era el más formal de todos; cuando llegaba el caso, más aun que Cárlos si cabe.

Era tal vez el más querido de todos sus compañeros; en torno suyo se formaba el círculo de estos; él era el eje de la amistad que á unos les unia con los otros.

Era tambien el primer pié con que podia contarse para todas las fiestas; no tenia ninguna ambicion, ni pensó jamás en que pudiera existir esa pasion estéril que se llama envidia.

Nunca echó de menos el dinero; lo gastaba cuando le tenia, pero jamás le hizo falta.

Ningun vicio le arrastraba.

Su alma era angelical.

Se le engañaba fácilmente, y despues de conocido el engaño y de la consiguiente burla de que era objeto, no se incomodaba, á todo mostraba rostro apacible.

Cuando en los cláustros de la Universidad, ó en casa ó en algun paseo, se oia una carcajada de repente, se decian los compañeros de posada del jóven:

—¡Ahí está Enrique!

En efecto, Enrique era, que habia dicho alguno de los espontáneos chistes que á cientos salian todos los dias de sus lábios. Trataba á todos con afecto.

Era muy impresionable en medio de su despreocupacion; pero la impresion pasaba pronto.

Lo que más sentia era un desprecio, pero no trataba de vengarse de él; lo borraba con una sonrisa.

Era quien menos necesidades tenia de todos los compañeros.

A pesar de saber bastante, entre los catedráticos no tenia tal fama, pues nunca se ocupó de que le dieran en los exámenes buena nota; con ganar el curso ya estaba contento, y aunque no le hubiera ganado era cosa que no le hubiera afligido mucho.

Era un tipo adorable; era imposible hablar en sério delante de él; todas las conversaciones acababan del mismo modo, riéndose.

No por eso trataba de interrumpir á sus compañeros cuando se hablaba de alguna cosa que en su concepto tenia bastante importancia.

Otro de los estudiantes, llamado Manuel, era el que menos se rozaba con sus amigos.

Pasábanse dias enteros sin vérsese por casa; su vida era un misterio; nadie sabia dónde pasaba las horas.

Jamás se le veia por la Universidad, ni por los billares, ni por los cafés, ni por los bailes; en ningun sitio le encon-

traban sus amigos; alternaba poco con ellos, según ya hemos dicho.

Era bastante reservado y el menos franco de todos los jóvenes que vivían juntos.

Supieron sus amigos después de algún tiempo que Manuel pasaba muy malas noches y días muy amargos; debía sufrir, á juzgar por el aspecto de su rostro.

Por fin se descubrió dónde pasaba las horas del día; era jugador.

Las casas de juego de la Carrera de San Gerónimo y de la calle del Príncipe eran el teatro de sus hazañas.

Siempre andaba con las botas rotas y el traje sucio y mal aseado.

Enrique le dijo un día:

—Pero yo no sé qué clase de jugador eres tú; siempre pierdes, por lo visto; siempre te veo destrozado; ¿en qué consiste eso? ¡Hasta para ser jugador hay que tener gracia!

Y luego se reía.

Manuel apenas hacía caso de lo que su amigo Enrique le había dicho, y seguía jugando cada vez más.

Llegó hasta tal extremo el vicio, que los estudiantes tuvieron que cerrar con llave sus baules y llevársela en el bolsillo, cosa que nunca habían hecho, pues Manuel se había vuelto ciego completamente con la funesta pasión del juego.

El vendía libros, vendía ropa, todo cuanto encontraba en casa, sin reparar de quién fuera, con objeto de arrojar al abismo de la suerte el dinero que sacaba por todos aquellos objetos.

Veíanse en sus mejillas huellas de insomnio; debía dormir

muy poco; cuando dormía, su ligero sueño era interrumpido á veces; debía ser una vida horrible la que traía.

Al otro de los estudiantes ya le conocemos, era Alfonso.

Contábase á este entre los más adelantados de los que en aquella casa se reunían, pues pertenecía al número de los estudiantes del doctorado, los cuales eran ya, por decirlo así, los *padres graves* de la clase universitaria.

En aquella casa, del doctorado solo había dos, Alfonso y su compañero Eloy.

¿Qué había sido de Alfonso desde el lance del paseo del Arenal de Bilbao?

## CAPITULO IV.

¿Cómo resignarse á no volar, teniendo alas?

De los tres jóvenes, Heliodoro, Julio y Alfonso, que el domingo de Pascua de Pentecostés partieron de Castro para Bilbao, aquel que de ménos libertad gozaba era Alfonso, á causa del génio de su padre.

Era el padre de Alfonso de un carácter inexorable, rígido; no perdonaba en su hijo el más mínimo defecto; jamás dispensaba una calaverada suya por pequeña que fuese.

No sabia Alfonso cómo componerse para darle á aquel gusto, y el caso es que muy rara vez ó nunca lo conseguia.

Hemos dicho ya, ó por lo ménos hemos dado á entender, que de lo que ménos se habia ocupado Alfonso era de su carrera; ¿qué habia hecho pues? Ya se habrá desprendido de cuanto de él vamos diciendo que era algo poeta, algo soñador; que miraba las cosas bajo un prisma que no suele ser aquel por donde las mira la generalidad de la gente.

Tenia la costumbre de estudiar mucho á una persona antes de condenarla y de no juzgar de ligero sobre las cosas; siempre se remontaba á las causas para formar opinion sobre este ó el otro hecho.

Ya hemos visto cómo consideraba á Emilia y cuánto le interesaba porque era desgraciada; bajo el mismo punto de

vista tomaba todas las demás cosas de la vida; por lo tanto, como puede comprenderse, su vida era una lucha, un combate sin tregua.

Cuantas más alas saca un joven, más el mundo se empeña en abatírselas ó cortárselas; así es que cuanto más puros, cuanto más grandes, cuanto más justos sean los pensamientos de un alma que nace, tanto más esa alma tiene que luchar en el mundo, tanto más tiene que sufrir.

Eso es lo que le pasaba á Alfonso; agitábase luchando contra esta sociedad que no le comprendia.

Su padre era el polo opuesto del joven; era de mezquinas ideas, de pobres sentimientos; se habia formado un concepto tan miserable de la vida, que á no ser Alfonso su hijo, este le hubiera despreciado.

Su padre no era otro que D. Adrian, el autor de aquella acusacion que desde Castro Urdiales recibió Roberto, la que fué causa de la prision de Emilia en Bilbao.

Era, pues, usurero; habíase hecho un capitalito á fuerza de trabajar en el comercio, en el que estuvo desde que era niño, y una vez retirado en aquel pueblo, seguia pensando en acrecentar lo que poseia; así es que si se le presentaba buenamente una ocasion de ganarse algo, por poco que esto fuese, no solo por un duro, por una peseta, por un real, hubiera prestado dinero á cualquiera.

En el invierno suele haber épocas aciagas en que los marinos pescan poco y reina entre sus pobres familias la más grande miseria; entonces D. Adrian solia prestarles algunas cantidades sobre la pesca que más tarde hicieran, y no tenia remordimiento alguno en cobrar á aquellos infelices un cincuenta por ciento.

A él había acudido Emilia cuando harapienta, con los pies en el suelo, descalza y enfermiza atravesaba las calles de aquella población, que tan villanamente con ella se había portado.

Veía con disgusto D. Adrian que Alfonso remontara el vuelo.

Dábale carrera en Madrid, porque en medio de todo tendría cierto orgullo en decir que su hijo era médico ó abogado, ó ingeniero; cualquiera cosa le hubiera halagado; el caso era que tuviese una carrera Alfonso; pero no lo hacía mirando al porvenir de este, sino por egoísmo.

Una vez puesto en el camino de seguir una carrera, no quiso que la abandonase; pero más de una vez tuvo tentaciones de obligar á su hijo á dejar los estudios. Sin embargo, cada año que trascurría halagábale más la idea de ser padre de un hombre de cierta posición social.

Cuando el fin de la carrera de Alfonso se aproximaba ya, D. Adrian tenía remordimientos profundos de haber hecho aquello; notó en las ideas de su hijo un giro que no le gustaba nada; Alfonso entraba en el camino de la vida con el amor de lo grande, de lo bello, de lo justo; en la filosofía amaba el bien; en el arte amaba el ideal absoluto; en política amaba la libertad; en cuanto á la práctica de la vida, amaba la virtud.

D. Adrian de ningún modo podía transigir con semejantes doctrinas, así es que era una guerra continua la que existía entre padre é hijo; esta guerra al modo de pensar y de conducirse del joven fué extendiéndose á los detalles, como sucede en tales casos.

Ya D. Adrian disputaba, durante las temporadas que Al-

fonso pasaba á su lado, por la falta de exactitud de su hijo en las horas de comer ó en las horas de retirarse; ya sobre tal palabra atrevida que se había dejado decir; ya sobre tal idea ofensiva, que D. Adrian recogía como una alusión; ya sobre chismes que le habían contado de la vida del estudiante en Madrid; ya sobre si gastaba mucho ó poco, sobre si era buen estudiante ó malo, sobre si aprovechaba ó desperdiciaba el tiempo.

Llegó el caso de que en cuanto D. Adrian preguntaba alguna cosa, Alfonso no sabía qué responder, pues comprendía el móvil de la pregunta, que no era otro que reñir; no sabía qué contestar, si negativa ó afirmativamente; si contestaba afirmativamente, malo, porque podía ser aquello una emboscada; si contestaba negando, tal vez fuera peor, porque para algo se le había hecho la pregunta. Todo cuanto Alfonso contestase era tomado por su padre en doble sentido. Una confianza del joven era mirada por el padre como una falta de respeto; una frase respetuosa del hijo era calificada por D. Adrian de seriedad, de falta de franqueza. Si Alfonso hacia partícipe á su padre de sus ilusiones, de sus esperanzas, D. Adrian le llamaba loco, necio, soñador, pretencioso; si Alfonso trataba de ser humilde y ocultaba á su padre aquellos sueños, llamábale D. Adrian hipócrita; en fin, era imposible acertar.

Acabó de convencerse Alfonso de que su padre tenía remordimientos de haberle dado una carrera.

Varias veces solía D. Adrian repetir:

—No hay nada peor para los jóvenes que los estudios; esos estudios que les dan en Madrid les levantan de cascos, les enseñan cosas que no debían saber nunca. ¡Buenos están los

tiempos, buenos! ¡Si los pierden con ese viento que les meten en la cabeza! ¡Ilusiones! ¡Nada más que ilusiones! ¿De qué les servirán esas alas, si al fin y al cabo tienen que caer al suelo?

Ellos han soñado un mundo allí en su mente y eso no puede existir; ¡pues no digo nada! ¡El reinado de la virtud, el triunfo de la justicia! Cualquiera diría al oírlos hablar á estos charlatanes que iban á regenerar el mundo.

En cuanto Alfonso se licenció de abogado empezó á conocer que no había más remedio que perder aquella libertad que en Madrid había gozado, pues, eso sí, el tiempo que estaba en Madrid se veía libre; fuese mucho ó poco lo que tuviese, él vivía, nada le molestaba; entregábase á sus estudios, porque en medio de todo Alfonso estudiaba; no las *Pandectas*, ni el *Derecho Romano*, ni *Las Partidas*, ni ninguna de esas cosas; gustaba más de otras obras de mayores horizontes; leía obras de filosofía, de literatura; necesitaba para su imaginación aquel alimento, como el cuerpo necesita el suyo.

Una vez Alfonso abogado, D. Adrian se dijo:

—¡Ya estás otra vez bajo mi jurisdicción! Afortunadamente un joven no puede vivir con su carrera en cuanto la acaba; tiene que pasarse algún tiempo antes de que se haga su clientela y gane algo, y mucho más en la carrera de abogado; ¡pues buena está! ¡Si era abogado el campanero de mi pueblo! Nada, nada, no tendrá más remedio que venirse á mi lado desde que yo deje de pasarle la mensualidad. Que viva conmigo como si tal cosa, que aquí ya tiene para comer, y si buenamente puede ganarse algo, lo cual no espero, eso más tendremos. Se acabó Madrid; se acabó el sacar

tanto dinero del bolsillo para que él se dé lustre. ¡Hola! ¡Hola! ¡Pues no hemos gastado poco! El puede ser que crea que voy á estar manteniéndole en Madrid tres ó cuatro años antes de que gane con su carrera; ¡pues está de mal modo de pensar! ¡A casa! ¡A casa! Bastante ha volado; bastante se ha divertido á costa mía, gracias á aquella torpeza que yo tuve de pensar en hacerle un caballero; á veces los padres somos ciegos. Vea Vd., ¿quién me habrá metido á mí en dar carrera á mi hijo? ¡Si las cosas se hicieran dos veces!

Desde que Alfonso volvió á Castro-Urdiales después de licenciarse, conoció en qué prision había caído

¡Ya se acabó todo! Miró hácia el porvenir de su vida y vió cuán nebuloso se presentaba; tendría que vivir continuamente al lado de su padre, riñendo á todas horas, sufriendo mil disgustos, pudiendo estar en Madrid con los demás compañeros suyos, ó por lo menos con la mayor parte, y dedicarse á lo que quisiera, pues se consideraba con fuerzas lo mismo para la abogacía, que para la filosofía, que para la literatura.

Tenia gran confianza en lo que podría hacer una vez puesto á sacar partido de su disposición, de su talento; es más, casi allá en su interior se alegraba con la idea de verse solo, entregado á sí propio, luchando con la sociedad, luchando con el Destino, batiendo aquellas alas de su espíritu, pues para algo las tenía; mucho más al ver la vida que hacía en Castro.

La más pequeña aventura propia de un joven era exagerada por su padre hasta el extremo, como un gran delito.

Romper un cristal ó ir á su casa una noche á deshora, eran crímenes á los que, cualquiera que hubiera oído á don

Adrian, no hubiera dudado en aplicar la pena de muerte.

Aquel *tira y afloja* para conjurar los dicterios continuos que de boca de su padre llovian sobre él, fué rindiéndole á Alfonso como nunca pensó que le rindiera.

Ya aquello se hizo insostenible; con motivo de la calaverada de Alfonso, que consistia en haberse ido á Bilbao con Heliodoro y con Julio, supo el jóven que su padre se habia encolerizado de un modo extraordinario.

Era cosa de oír entonces á D. Adrian.

No concebía este que aquel á quien habia quitado las babas desde pequeño, á quien habia visto nacer lloriqueando y en una postura ridícula, fuera capaz de ser algun dia notable en cualquier concepto.

Cuando pensaba en esto se reía soberanamente de las esperanzas y de las ilusiones de su hijo.

No podia comprender que mientras él viviese pudiera Alfonso significar algo en el mundo; miraba aquellas aspiraciones como faltas de respeto.

Si Alfonso sostenia con alguno discusiones, no comprendía que fuera su hijo quien pudiera vencer; Alfonso no debia tener nunca razon, á lo menos así se lo figuraba; le parecia un osado porque sostuviera una idea en contra de la de otro de su edad.

Habiendo llegado á oídos del jóven todo cuanto su padre dijo con motivo de su viaje á Bilbao, decidió no volver á Castro, y mucho menos despues que tuvo lugar el lance con Heliodoro, pues indudablemente seria buscado.

Decidióse, pues, á arrostrarlo todo solo completamente, entregado á sí mismo, confiando en sus esfuerzos; á luchar con el mundo, á hacerse una posicion social, á buscarse an-

te todo un modo de vivir en Madrid, el centro de las ideas, el centro del progreso, el centro de la vida de toda España.

En Madrid ya tenia él espacio donde volar; ya si no sacaba resultado de su talento, la culpa era suya y no podia atribuírsela á nadie; si no se abria paso, la causa de todo seria su inutilidad; entonces se convenceria de cuánta razon tenia su padre al decirle:

—¡Ilusiones! ¡Ilusiones! ¡Humo, de que tienes llena la cabeza!

¡Oh! ¡Tal vez su padre acertase!

Esta idea le amargaba, le traspasaba la mente, le heria el corazon.

Tal vez fuera todo humo, ilusiones, porque en la fuerza de la juventud todas las cosas se nos presentan de un modo más bello y más grandes que como ellas son.

De todas maneras, era necesario probar, luchar algun tiempo, lanzarse al oleaje de aquel mar irascible; ¡adelante, pues, ya que se ha dado el primer paso!

Este era el emblema de Alfonso, y vivia en Madrid estrechamente. Para ello se habia reducido algo.

No volvió á la posada donde estuvo antes en compañía de Heliodoro y Julio, porque era algo más cara.

En la de la calle de Jacometrezo pagaba menos, y era más fácil llenar el renglon de la patrona; lo demás á él le importaba poco; el ir con un buen traje ó con uno malo, con las botas nuevas ó un poco gastadas, con un sombrero nuevo ó con alguna abolladura, le era indiferente; no le apuraban gran cosa estas pequeñeces; lo que queria era poder resistir un año ó dos, que en ese tiempo ya habria oportunidad de triunfar.

—Esta es la ocasion de lucir cuanto vales, se dijo, y se propuso agotar todo cuanto valia.

Cuando por primera vez se encontró sin más patrimonio que sus fuerzas, que su aislamiento, que su energía, que el valor de su imaginacion, se creyó grande; miró hácia la gloria y se consideró con fuerzas para poder dominarla.

Crejó ser un gigante; se alegró de haber dado aquel paso, de haber tomado tal resolucion.

Sus sueños eran más dorados, sus ilusiones más hermosas; su corazon latia más y tenia libertad. ¡Oh! ¡Qué bien se encontraba, responsable de todo cuanto hiciese, con su conciencia únicamente por norte, por guia! Nadie le forzaba á hacer ninguna cosa; si lo hacia mal, suya seria la culpa y no de nadie.

¡Cuánto le agradaba semejante situacion!

## CAPITULO V.

### El peor camino.

La primera idea que cruzó por su mente al verse en Madrid de tal modo, fué el hacerse escritor, sobreponerse á toda esa multitud de nulidades que en el periodismo y en los teatros explotan al público con cuatro barbaridades, con cuatro sandeces ó con cuatro plagios del francés.

Él podia hacer algo original, porque sentia, porque se entusiasmaba cuando tomaba la pluma; verdad es que nunca habia trabajado por el dinero; todo lo habia hecho por amor al arte, por gusto, por génio, por aficion.

Sintió temores de que al tratar de utilizar su disposicion para la literatura se debilitase; sintió frio en la mano la primera vez que tomó la pluma; se acordó entonces de lo que el rumor general dice: de que los poetas se mueren de hambre; de que son mártires sin gloria... de que á pesar de su martirio, ni se les considera; de que un poeta por lo general es la cosa más ridícula, y de que cuando niño se habia reido mucho de ellos y se le habia figurado que todos eran flacos...

A todas las personas graves con que se habia tratado les habia oido decir:

—¿Es Vd. abogado y poeta? Algo más le darán á Vd. los pleitos que los versos.

Y aquello no lo habia oido una vez sola, sino siempre; fué el eterno rumor que tuvo en sus oidos desde que era estudiante, y no era opinion de los viejos, era opinion de todos los jóvenes y señoras con que habia tratado; ni uno solo habia encontrado que le animase á ser escritor.

En todas partes habia oido:

—Vamos, Vd. estudia leyes; ya tiene Vd. un modo de ganarse la vida.

Así es que como lo principal era tener que comer, porque es la necesidad más apremiante, se dijo:

—Bueno, pues seré abogado, no importa; quiere decirse que una vez con mi vida asegurada, ya me dedicaré á lo que quiera; la cuestion es crearse un modo de vivir.

El dia que llegó á Madrid escribió á su padre diciéndole que se consideraba fuerte para crearse una situacion; que si queria mandarle algo, bueno, que no le vendria mal; pero que sí habia tomado con disgusto su determinacion, como lo suponía, no le mandase nada; que no queria que se incomodase; que él sabia luchar, puesto que á la lucha se decidía.

Por toda contestacion recibió una carta lacónica de su padre, en la que le amenazaba con llevarle á su casa entre dos guardias civiles.

Desde luego Alfonso conoció que su padre no estaba en disposicion de ablandarse, y trató de no volver á tocar más semejante asunto hasta que el calor de la primera impresion hubiera pasado.

La amenaza le infundió poco miedo, pues ya conocía que para realizarla se habia de encontrar grandes obstáculos, y

mucho más hallándose en Madrid, donde con la mayor facilidad podia ocultarse de cualquier pesquisa; así es que no esperó ya de su padre ninguna proteccion, y se dijo:

—Estás solo, Alfonso; ¡trabaja!

Como á nadie se le ocurriese llevarle ningun pleito, se decidió por fin á probar fortuna como escritor público, puesto que ningun que hacer tenia.

Los ocho primeros dias fueron de mucho entusiasmo, de muchas esperanzas, de muchas ilusiones; mil ideas bullian al mismo tiempo en la mente del joven.

Cuando la segunda semana llegó, ya se puso á reflexionar, y se dijo:

—Veamos; ¿qué es lo que he hecho en estos ocho dias? ¡Soñar, nada más que soñar; pero de realidad nada absolutamente! Hay que tomar otro rumbo, hay que ser más práctico; si no, vamos á naufragar. El que mucho se aparta de las cosas del mundo y se eleva por esos espacios ideales que la mente del poeta vislumbra, no sabe hacerse el camino que es necesario seguir en esta vida; pensemos en lo positivo, porque en mi concepto el arte es lo positivo; pero hay que saber realizarle, hay que determinarse por una cosa ú otra, hay que dar forma á estos sueños; y ¿de qué manera podré yo darles forma? ¿De qué modo podré hacer que el público me aplauda, que resuene mi nombre, alcanzar fama, y por lo tanto dinero, puesto que el dinero es una parte de la gloria?

Lo que primero le sedujo fué el teatro; verse ante un público que le desconocía, ante un público severo é imparcial, que no tiene afecciones por tal ó cual autor, sino que acude á ver y ensalza y aplaude aquello que le interesa,

aunque sea de un desconocido, y vuelve la espalda á lo que no le llama la atencion, aunque sea del poeta más eminente... aquello le deslumbró.

Tal vez porque era lo que más peligro tenia era por lo que más le encantaba.

Se decidió á hacer un drama.

Pasó quince días horribles, pues se decia:

—De su bueno ó mal éxito depende mi porvenir; pensémoslo con calma.

Al tercer dia de ponerse á pensar ya cogió la pluma, pues le parecia el argumento terminado; pero apenas trazó algunas líneas la tiró y se dijo:

—Pensemos otra vez; esto no está terminado todavía.

Se puso á pensar sobre aquel argumento, introdujo en él nuevos resortes para interesar el corazon, nuevos efectos, complicó más las situaciones y aumentó el número de estas.

No habian pasado cinco dias, y ya volvía á sentir impaciencia.

—Es preciso comenzar á escribir este asunto que he pensado. Cogió un cuaderno de papel blanco que habia formado para escribir el drama y volvió á trazar algunas líneas; total, llenó dos páginas.

Conoció que el argumento era todavía un poco pobre y que no interesaba lo suficiente; además, que bastantes escenas pecaban de inocentes ó de sencillas, que tal ó cuál efecto era vulgar, que tal frase era impropia; volvió á arrojar el manuscrito sobre la mesa y se decidió á pasarse ocho dias resignado á no escribir durante ellos una sola letra y á dedicarse á reflexionar.

La impaciencia le devoraba; muchas veces saltaba del lecho á deshora con intencion de ponerse á escribir, pero se acordaba de su promesa y volvía á acostarse.

En la lectura buscaba distracción; sus obras favoritas eran las de Víctor-Hugo, las de ese poeta que es hoy sin duda el primero del mundo, que se eleva en un pedestal sobre el siglo XIX; las de ese poeta que conmueve á su gusto el corazon humano, que hace creer en lo grande y en lo bello con la lectura de sus *Hojas de otoño*, de sus *Cantos del crepúsculo*, de sus *Orientales*, de sus *Rayos y sombras*; las de ese escritor gigante que unas veces gran novelista, otras gran dramático, otras gran lírico, marcha á la cabeza de todos los escritores modernos.

Siempre que desmayó Alfonso en cualquiera cosa que emprendió, las obras de Víctor-Hugo fueron las que le reanimaron, las que exaltaron su imaginacion, las que le decidieron á lanzarse tras la gloria; pero cuando trataba de distraer la mente con la lectura de aquellos libros queridos, en vez de apagar la hoguera, no hacia más que atizarla; en fin, necesitaba contener su espíritu como hay que contener el vapor en la caldera para que una máquina funcione.

Terminó el plazo de los ocho dias y así se pasaron los quince de que hemos hablado antes, quince dias de angustias, quince dias que fueron quince siglos.

Por fin le pareció el argumento bastante pensado; si el drama era escrito en magníficos versos, nada habria que le igualara; ¡qué série de situaciones! ¡Qué contrastes! ¡Qué escenas! ¡Qué fuego unas veces! ¡Qué amargura otras! Aquello era un delirio...

Cogió la pluma y los versos brotaban de ella como un

torrente impetuoso; nada se le ponía por delante, no se paraba una sola vez, no tenía ni que pensar las escenas, pues ellas iban brotando una tras otra, tal como la primera vez se le figuraron.

A los diez días estaba acabado el primer acto; era soberbio; cinco ó seis efectos había en él de primer orden, y el final era sublime, arrebatador á todas luces.

Comenzó el segundo acto con un ánsia febril; trabajaba de noche y de día; se privó de pasear, de ir al café con sus amigos, de salir despues de comer; en fin, se privó de todo; no se acordó más que de su drama.

Hizo el segundo acto en un día menos que el primero; en fin, cuando escribió el tercer acto, que era el último, hacia próximamente un mes que había comenzado la obra; entonces respiró Alfonso tranquilo, como aquel que lleva á feliz término una gran empresa.

El drama se sobreponía á sus esperanzas; jamás se le ocurrió que pudiera hacer una cosa tan bien sentida, una serie de escenas tan arrebatadoras; para él acabaron ya todas las indecisiones, todas las angustias; aquel fué un día dichoso. ¡Verse con una obra que indudablemente valía más que todas las que se estaban representando en España, algunas de las cuales á pesar de ser malísimas llenaban de dinero á las empresas, á los cómicos y á los autores...!

Le parecía que con solo presentarse á una empresa con su manuscrito en la mano sería ya el poeta de más renombre. Acaso no le faltara razon.

Estuvo acudiendo varias noches á los espectáculos que en la córte tenían lugar por aquella época; ninguno de ellos valía nada comparado con la obra que él había hecho, y sin

embargo, durante cincuenta ó sesenta noches consecutivas el público llenaba las localidades por ver aquellas detestables funciones.

—Este es mi camino, exclamó resuelto, y se dirigió al teatro del Príncipe con su manuscrito debajo del brazo.

Habíanse apercebido de todo cuanto estaba pasando en el interior del pobre Alfonso sus compañeros de posada; unos se reían de él, otros empezaban á creer que estaba loco; cuando consultaron con Eloy sobre qué podía esperarse del talento artístico de Alfonso, Eloy contestó:

—Alfonso tiene una gran disposicion para la literatura, pero nunca será nada, tiene un gusto trasnochado; si yo no sé cómo son estos jóvenes que toman las letras en serio; se les figura que están en el siglo XVI ó XVII; no comprenden al público de hoy; lo que hay que hacer hoy es guasa, que provoque risa; artículos ligeros é insustanciales que nada digan, que no sepan á nada y que lleven al final una insolencia ó un epigrama viejo; vaudevilles franceses que tengan una cancioncilla ligera, que se haga repetir siete ú ocho veces, algun chiste francés tambien, y punto concluido. Yo no sé quién los mete á hacer argumentos y dramas serios y versos sonoros. A esta clase de poetas los llamamos los del oficio *poetas endecasílabos*; ¡pobre gente! ¡Son unos desdichados! Y en medio de todo tienen un buen fondo; pero siempre empeñados en hacer el papel de víctimas, de mártires. No les envidio el gusto; pero á pesar de esto, ya os digo, Alfonso podría hacer algo si siguiese por el buen camino; escribir bien es el peor camino que se puede seguir para hacer fortuna con las letras.

Alfonso no echó siquiera de ver que sus compañeros se

ocupaban de él y del asunto que traía entre manos; verdad es que aquellos días andaba casi por máquina; no les veía, y muchas veces ni comió ni almorzó con ellos; por otra parte notó que el dinero se le iba acabando y comprendió que era necesario buscar al instante otras monedas con que reemplazar á aquellas que se le iban, porque en esta vida miserable está dispuesto todo de tal manera, que el que no tenga alguno de esos pedacitos de metal no puede vivir, ni es atendido en sociedad, ni puede vestir, ni calzar, ni comer; en fin, estar sin dinero, para el caso es lo mismo que estar sin aire; lo mismo da morirse de una cosa que de otra. Igual que por no respirar se muere por no comer.

Como hemos dicho, el joven se dirigió al teatro del Príncipe; preguntó al primero á quien encontró en el teatro, que era un dependiente cualquiera, por el empresario.

Miróle el empleado de arriba abajo, como conociendo su aspecto de poeta novel, y una vez que se aseguró de que era Alfonso lo que se le había figurado, le dijo al joven:

—El empresario no está, vuelva Vd. á otra hora; con un gesto desdeñoso, con el que trataba de humillar á su interlocutor.

—¿Y á qué hora estará, no puede Vd. decirme? volvió á replicar Alfonso, sintiendo no encontrar allí al empresario, á quien ya creía tener á dos pasos.

—No sé decir á Vd., no tiene hora fija; contestó el empleado secamente, y se alejó, dejando á Alfonso con la palabra en la boca.

Salió el joven del teatro, y á las dos horas volvió otra vez á él y se encontró con otro empleado, á juzgar por el galon dorado y por las iniciales que llevaba en su gorra azul.

—Veamos si este es más explícito que el otro. Y se acercó á él. ¿Y el señor empresario? le preguntó.

Volvió el dependiente del teatro los ojos hácia Alfonso, y en seguida comprendió á qué iba y qué casta de pájaro era.

—El señor empresario no está, joven...

Chocóle á Alfonso que el empleado le tratara con aquella franqueza; llamóle *jóven* con el mismo tono que suele llamarse *granuja* á uno de esos pilletes de la calle.

—Pero ¿y á qué hora estará, no sabría Vd. decirme? volvió á insistir Alfonso.

—No señor, no tiene hora fija.

—Es que tengo necesidad de verle, replicó Alfonso.

—Bueno; y ¿quién le dice que no tenga Vd. necesidad de verle? contestó el empleado con voz burlona; lo que yo le digo á Vd. es que no tiene hora fija en el teatro; viene á cualquiera hora y se va cuando quiere; estas noticias son las únicas que puedo darle sobre lo que me pregunta.

—No me parecen muchas, contestó Alfonso; volveré á ver si le encuentro.

—Eso es lo que Vd. debe hacer, replicó el hombre de la gorra azul con una sonrisa que percibió Alfonso, que se alejaba del teatro con el rostro algo encendido.

—¡Vamos, vamos! ¡tragedia tenemos! murmuró aquel hombre viendo alejarse al poeta novel. De seguro que es alguna obra en veintisiete actos y cincuenta cuadros, en que mueren cuarenta y nueve ó cincuenta personas, unos envenenados, otros suicidados y otros de hambre; con este van viniendo ya hoy quince á preguntar por el empresario; ¡y qué tipo tienen todos! ¡Si parece que no han comido en vein-

te días! Por la noche, cuando la función empezaba, Alfonso volvió otra vez al teatro del Príncipe.

Vió que la gente se agolpaba á la puerta, ansiosa de ocupar sus localidades; miró que en los carteles se anunciaba una comedia en tres actos, original, titulada *El Candelabro*; fijóse en el reparto que aquella comedia tenía impreso en el cartel y dedujo que aquella obra era *El Candelero*, comedia de Alfredo de Musset, que él había leído y que había creído imposible que pudiera arreglarse para la escena española.

Siendo una copia exacta de la obra de Musset se daba por original y había hecho una reputación de autor dramático.

Llevaba ya veintisiete representaciones, y el autor se habría embolsado por lo ménos mil duros; de seguro hizo la obra en tres ó cuatro noches; con los productos que seguiría dando bien podía este mantenerse tres años dándose buena vida; aquello le indignó á Alfonso y cobró ánimos; pensó que en cuanto él se presentase ante una empresa con su drama, toda aquella explotación infame que estaban haciendo algunos autores con el público cesaría, y él se haría un modo de vivir seguro é independiente.

Dirigióse hácia uno de los porteros que tomaban los billetes al público, y antes que pudiera pronunciar el joven una palabra sintió un empujón que le echó hasta afuera de la calle, y al mismo tiempo una voz que decía:

—Este señorito sin duda quiere colarse de balde.

Se acercó al despacho de billetes y preguntó por el empresario; le dijeron:

—Aquí no entendemos de eso; solo nos ocupamos de vender localidades.

—Pues entonces, ¿á quien me he de dirigir para saber dónde se ve á ese señor empresario?

Uno de los revendedores que en la acera había, más complaciente que ninguno de los empleados del coliseo, le dijo:

—Caballero, Vd. quiere ver al empresario, ¿no es eso?

—Sí señor, ¡si nadie me dá razón de él!

—Pues bueno; diríjase Vd. por esta calle, que es la del Prado, y en llegando á la primera esquina, que es la de la calle del Lobo, entra Vd. por ella; en uno de los primeros portales de la izquierda hallará Vd. otra entrada que da al teatro; allí es donde Vd. debe preguntar por el empresario; ó si no, para que no le pongan á Vd. dificultades, pues estos señores se dan el mismo tono que si fueran reyes, indique Vd. al portero que allí hay que le dirija á Vd. al saloncillo. En el saloncillo, ó en el cuarto del primer actor, encontrará Vd. á quien busca.

Alfonso, chocándole la amabilidad de aquel revendedor, le dió mil gracias por el favor que le había hecho librándole de los improperios de aquellas mal educadas gentes que la empresa tenía pagadas para levantar una barrera al génio y al talento.

Hízolo todo el joven segun le habían dicho; empezó á subir por la estrecha escalera que media entre el escenario y el cuarto de los actores, y oyó diálogos por este estilo.

## CAPITULO VI.

Sitio donde se pierden las ilusiones.

—¡Qué bien está la característica!

—¡Ya lo creo! Esa nariz postiza que se ha puesto la hace parecer una vieja de setenta años.

—Y la dama no está mal que digamos.

—No, no está mal; ha hecho bien en quitarse los lunares que se pone en la barbilla para ir á paseo á la Castellana.

—Pero y ¿cómo permiten Vds. que ese enérgumeno de hombre esté haciendo de primer galan?

—¡Qué se ha de hacer! Sin duda tiene un buen padrino; le ha entrado al empresario por el ojo derecho, y siempre ha de ser el primerito en todas las funciones.

—No hay más que hablar si es cosa del empresario.

—Están bien imitadas esas nubes de tempestad que veo allá arriba; deben hacer buen efecto desde las butacas.

—¡Ah! Están bastante bien. Las han manchado de aceite con mucho acierto.

—¿A que no sabe Vd. por qué la dama jóven ha ido á desmayarse á aquel extremo del escenario?

—Ya lo supongo; será porque está en el proscenio núme-

ro 1 el hijo de ese banquero que la ha regalado el vestido que lleva puesto esta noche.

—¡Hay buena entrada!

—Sí, muy buena; los bombos hacen su efecto.

—Sin embargo, en cuanto á entrada, no es oro todo lo que reluce; empiece Vd. á contar por las plateas; la número 3 la tienen los redactores del periódico *La Víbora*, que empezó á morder á la compañía y no hubo más remedio que darles ese palco; el número 5 le tiene el tapicero de la empresa, que como no se le ha pagado el mueblaje no hay más remedio que darle la platea de balde; la número 7 la tienen los alabarderos que trae por su cuenta el autor; la número 9 la familia del autor, que la pidió esta mañana; la número 11 la tienen los alabarderos de la empresa. Vamos, pues, á los palcos segundos: el número 1 está ocupado por los alabarderos de la dama; el número 3 le tiene el peluquero de la compañía; el número 5 los alabarderos del actor cómico; el número 9 los redactores de ese periódico de noticias. Vamos á las butacas: la primera fila, como de costumbre, la tienen los amigos de los músicos; cuatro butacas de la fila segunda son de los alabarderos del galan jóven; en fin, en fin, no hay tanta entrada como parece...

—Amigo mio, tengo que rectificarle á Vd.; entrada sí hay tanta como parece; pero tanto dinero como parece, eso no, ¡quién lo viera!

—¡Sabe Vd. que es verdad!

—Y ya ve Vd. la gente de la galería; son los alabarderos perpétuos; los que entran por derecho propio; se lo ganan con el sudor de su frente.

—Dirá Vd. de sus manos.

—Tiene Vd. razon.

A Alfonso se le cayó el alma á los piés cuando oyó semejantes diálogos; habia leído aquel mismo dia en los periódicos que la empresa estaba enriqueciéndose con los productos de *El Candelabro*, y que el público se disputaba á cachetes las localidades. De repente oyó:

—Amigo mio, ya va á acabar el primer acto.

—Ya lo veo, y los *morenos* no dan muestras de aplaudir.

—Venga Vd. á este agujerito á ver la funcion.

—Pero, hombre, ¿de qué funcion me habla Vd.?

—Hombre, pues está Vd. enterado; ¿no sabe Vd. que al final del primer acto, cuando la empresa cuenta ya con que no han de venir espectadores nuevos deja entrar á todos los padres, mamás, tios y tias, abuelos y abuelas de los actores y actrices para que ocupen las localidades que están vacías?

—Efectivamente, no me acordaba de eso; ¡vamos!

—Veamos la funcion.

Aquello acabó de desconsolar á Alfonso.

Encontróse al subir la escalera con una actriz que bajaba y que se despedia de un jóven, con el que habia estado en conversacion.

—¡Adios, Elisa mia!

—¡Adios, Arturo mio!

La actriz iba corriendo al escenario, porque estaba llamándola el traspunte:

—Señorita Elisa, decia este, tiene Vd. que empezar: «¡Me escamo! ¡Esto se va poniendo fenomenal!»

—¡Ay, Dios mio! ¿Si me acordaré del papel? «¡Me escamo!» Sí, ya voy acordándome.

Y la actriz entró en escena haciendo memoria de lo que

le tocaba decir; desde el dia anterior á la misma hora no se habia vuelto á acordar para nada de que tomaba parte en la funcion.

—Pues señor, si miran con ese interés mis versos, estoy lucido; pensó para sí el pobre poeta al penetrar por el pasillo estrecho y largo que conduce al saloncillo, pasillo que ha sido testigo de tantas angustias, de tantas esperanzas, de tantas amarguras, de tantos desengaños, de tantas aventuras misteriosas.

Tuvo que retirarse á un lado, porque salia con gesto enfático, estirándose los puños de la camisa, uno de los actores, y ni siquiera reparó en aquel jóven con quien se encontraba.

Le miró Alfonso como debian mirar en otro tiempo los pobres mortales al divino Jove. Siguió el poeta adelante, y al encontrarse en el saloncillo quedó completamente deslumbrado.

Habia allí veinte ó treinta caballeros; allí tenia á los autores de las obras más ponderadas desde hacia muchos años; allí estaban los actores principales; allí tal vez estaba entre ellos el empresario ..

Notó al entrar que varias miradas importunas fijáronse en él, unas desdeñosas, otras curiosas y otras humillantes.

Allí se hablaba de todo ménos de literatura; ocupábanse de si subian al poder los moderados ó los unionistas, de si se cotizaba alto ó bajo el papel, de qué tal estaba la prensa de oposicion, de crónicas escandalosas de la sociedad, de la reunion de la marquesa de B... ó de la baronesa de H..., de la gente que mandaban á silbar al teatro del Príncipe los empresarios del teatro de la Zarzuela, de si el director de esce-

na había guiñado una vez el ojo á la primera dama, de si el apuntador cojeaba un poco, de si el elogio que había publicado un periódico del teatro del Circo le había costado al empresario seiscientos reales, de si en la Zarzuela un barítono no había querido quitarse el bigote para hacer de Bernardo el Calesero, y se empeñaba en salir con peluca blanca y bigote negro, de si tal gacetillero hablaba mal de todas las obras que en el Príncipe se ponían porque no le daban más que tres butacas y él quería por lo ménos un palco, eso sin contar con las exigencias extraordinarias.

Hablábase en un círculo de un jóven poeta que, muerto de hambre, iba todos los días á buscar al empresario para ver si le admitía un drama, y se rieron en grande de él.

Aquello á Alfonso le hirió sobremanera; no se encontraba con fuerzas para acercarse al empresario y decirle:

—Esto es lo que he hecho.

Por fin notó que en uno de los círculos que formaban varios de aquellos caballeros hablábase de literatura; entonces volvió á animarse.

Fué escurriéndose entre los que allí estaban de modo que no pudieran apercibirse de su presencia, y al mismo tiempo pudiera él oír lo que aquellos señores hablaban.

El uno, según la conversacion que con sus compañeros tenía, era académico y de opinion muy reputada.

Se hablaba allí de Víctor-Hugo; el académico dijo que Víctor-Hugo era un génio desordenado; que toda su literatura consistía en contrastes; que no había novedad, ni trama, ni arte en sus producciones; que las poesías líricas tenían unos versos hechos con guijarros; que *El rey se divierte* no tenía inspiracion ni originalidad; que el *Angelo* no

tenía belleza ninguna; que en el *Ruy Blas* no había novedad ni ningun efecto verdadero; que venía á ser ni más ni ménos que una de aquellas comedias antiguas españolas de capa y espada, en que había muchos sablazos, mucho movimiento y nada más.

Empezó Alfonso á escuchar con una gran curiosidad aquella discusion, pues le chocó que tratándose de Víctor-Hugo se hablara de él con semejante indiferencia; en cambio aquellos señores elogiaban bastante á Lamartine; no acababa el jóven de comprender cómo era posible que á Lamartine se le considerase en literatura sobre Víctor-Hugo.

El académico seguía hablando y triturando con sus palabras al gran poeta universal; dijo que toda su literatura se reducía á antítesis, á contrastes, á poner un tipo repugnante enfrente de un tipo bellissimo, simpático, altivo y generoso: dijo que *Lucrecia Borgia* era una excentricidad, otra excentricidad *María Tudor*, y *Marion Delorme* una locura; en fin, que Víctor Hugo era un génio de pega.

Deseos tuvo Alfonso de salir de su silencio, de alzar la voz, y terciando en la conversacion de aquellos poetas aristocráticos, pues estaban elegantemente vestidos, mirando alto como quien se da importancia y escuchándose con énfasis; deseos tuvo, decimos, de defender al poeta ídolo suyo, al que le había enseñado á sentir, al que le había enseñado á pensar, al que le había servido de sol para dirigir sus pasos por la senda de la literatura; pero no se sintió con fuerzas para ello y calló.

—Dentro de unos días, pensaba, dentro de unos días, cuando yo sea un escritor de gran renombre, porque lo seré, porque yo volaré muy pronto por encima de todos vosotros,



haré pesar mi opinion en la balanza y frente á frente trataré de probaros que Víctor-Hugo, Espronceda, Byron, esos gé-nios á quienes tanto odiais y á quienes negais toda inspira-cion, valen más que toda esa cáfila de viejos chochos, á quie-nes rendís tributo porque son académicos, ó porque liman muy bien cuanto escriben, invirtiendo dos meses en hacer una redondilla.

Fuese á escuchar Alfonso lo que decian en otro círculo, pues la conversacion de aquel le enfadaba; allí habia varios jóvenes que reian locamente de todo cuanto uno de ellos decia.

El jóven no era otro que el autor de *El Candelabro*, co-media que aquella noche se ponía en escena; tenia fama en-tre todos los literatos del dia de ser chistosísimo; apenas abria la boca ya estaban riéndose todos sin saber lo que iba á decir.

A lo mejor exclamaba el jóven:

—¡Veintisiete noches van ardiendo ya las velas de mi *Candelabro*! ¡Me parece que pronto se consumen!

—¡Já! ¡já! ¡já! prorumpian cuantos le escuchaban.

—¡Daria nueve cuartos y medio porque la obra que siga á esta diese tantas entradas como la mia!

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Nueve cuartos y medio! ¿Nada más? ¡Qué chistoso! ¡Si estando uno á su lado se desternilla de risa!

—¡Hace un tiempo fenomenal!

—¡Fenomenal! ¡Já! ¡já! ¡já! exclamaban á coro todos cuantos le oian.

Fijóse en un caballero de largas patillas, alto, estirado, á quien rodeaban mayor número de personas que á los demás que formaban el centro de reunion, y por la conversacion

que con él sostenian comprendió que era el empresario.

—Aquí tengo á mi hombre, exclamó.

Suspiró como si se descargara de algun peso.

Se puso en la esquina que forma el saloncillo, y se deter-minó á aguardar á que aquel caballero acabase de hablar con los que le rodeaban.

Varias veces pareció que el empresario iba á abandonar aquel círculo, pues se paseaba solo por la habitacion con aire grave; pero en seguida otros se ponian á hablarle, y ya per-dia Alfonso la ocasion de dirigirse á él, porque queria ha-blarle solo; eso sí, comprendia qué papel tan ridículo hace el que lleva un manuscrito debajo del brazo y va á ofrecér-sele á una empresa y no queria que le vieran aquellos, que gozarian en reirse de él.

Estuvo esperando hora y media, y jamás vió á aquel hom-bre solo; siempre rodeado de una turba de aduladores, por-que todos los que con él hablaban estaban adulándole.

¡Oh, qué momentos aquellos...!

Uno de los más populares escritores españoles, á quien el autor de esta novela quiere de todo corazon, y que se llama Enrique Perez Escrich, ha escrito un libro para pintar las amarguras del que solo, sin ningun apoyo, en alas de sus esperanzas y de sus ilusiones se lanza á volar por los espa-cios de la literatura.

Leed *El Frac azul* y vereis con cuánta verdad pinta esos cuadros; vereis qué escenas tan sentidas, que no pueden mé-nos de arrancar lágrimas de vuestros ojos.

Enrique Perez Escrich ha sufrido ese tormento, y por lo tanto ha podido pintarlo con los vivos colores de la verdad.

Querido Enrique, ¡cuántas lágrimas he vertido sobre las páginas de *El Frac azul!*

Otro escritor extranjero, que es uno de los primeros novelistas entre cuantos han existido, el gran Balzac, que tan admirablemente ha hecho en sus obras la anatomía del corazón, al hablar de Luciano, que iba mirando alternativamente á la literatura y al Sena, dice que «no sabia hácia dónde arrojarle, si á las letras ó al río,» y hasta llega á creer que esto último hubiera sido lo mejor y lo más acertado. Por fin, no renunciando Alfonso á hablar al empresario aquella noche, y desesperando de no encontrarle solo, se decidió á llamarle aparte, por más que se fijasen en él, y á entregarle su drama.

Fué acercándose hácia aquel hombre, hasta que le dijo:

—¿Tendrá Vd. la bondad deirme dos palabras?

El empresario, con gesto avinagrado, le miró de los piés á la cabeza, y una vez comprendiendo la misión que llevaba allí aquel jóven, exclamó con tono enfático para que sus compañeros lo oyeran:

—¿Y qué es lo que Vd. quiere?

Viéndose cogido Alfonso por la curiosidad de todos los presentes, que fijaron en él sus miradas, no tuvo más remedio que contestar, aunque en voz muy baja, para que aquellos hombres, eminencias en las letras españolas, no le oyesen:

—Hé escrito este drama, y quisiera que Vd. lo leyese con objeto de que, si le gusta, se ponga en escena en el teatro que Vd. dirige.

—¡Ah! Un drama; pero, hombre, y ¿quién le aconseja á usted hacer dramas en este tiempo?

—Pues qué, ¿ya no se representan dramas? preguntó el novel poeta.

—Sí, alguno que otro, no diré que no. Vamos á ver, su drama de Vd., ¿es histórico ó de sentimiento?

—Es un drama filosófico y de sentimiento.

—Pero, hombre, ¿y no sabe Vd. que eso ha pasado ya? ¡Drama! ¿A quién se le ocurre hacer dramas en la época que atravesamos? Ya me sospechaba lo que es la obra de usted. ¿A ver, á ver el título? *La corona de espinas*. Justo, lo que yo pensaba; tendrá unos versos bonitos, escenas muy interesantes, tipos muy buenos; pero no llena el objeto de lo que hoy se representa. ¡Vd. no es de Madrid, sin duda!

—No señor; ¿por qué me lo pregunta Vd.?

—Porque si Vd. fuera de Madrid sabría que este género de literatura habia pasado ya; el género de *Flor de un día*, de *Espinas de una flor* y de *Borrascas del corazón*, de nada de eso se hace ya caso; hoy se rien de los endecasílabos; en fin, leeré su obra y le diré lo que me parece.

Aquellas palabras iban cayendo en el corazón de Alfonso como dardos envenenados.

—¡Oh! ¿Si será inútil este trabajo que he hecho? ¿Si será esteril todo mi afán, si habrán sido un sueño todas esas cosas que he pensado, esos aplausos que he oido en sueños, esas coronas que he creído contemplar cayendo á mis piés...?

—¿Y cuándo volveré á saber la contestación que Vd. me dará sobre lo que le parece el drama?

—Vuelva Vd. dentro de seis días.

A los seis días Alfonso volvió á parecer por el saloncillo.

—¿Leyó Vd. mi drama? preguntó al empresario.

—No señor, no he tenido tiempo; vuelva Vd. dentro de ocho dias. Pasaron los ocho dias y Alfonso volvió á hacer la misma pregunta.

—Vuelva Vd. dentro de quince dias; le contestó el empresario con algun enfado.

—¿Leyó Vd. mi drama? fué Alfonso á preguntar á los quince dias.

—Como he tenido tantas obras que leer, no he podido; me ha sido completamente imposible; se lo digo á Vd. con franqueza.

—¡Ah! Volveré, volveré.

—Sí, vuelva Vd. cuando quiera; es difícil que yo le diga un dia fijo para darle la contestacion, pues lee uno las obras cuando puede; figúrese Vd. que en la bohardilla de mi casa tengo un cesto con más de nuevecientos manuscritos, que son otras tantas comedias que tengo que leer, y podrá usted formarse idea de si mi tarea es pesada.

—¡Nuevecientos manuscritos! pensó el pobre Alfonso con amargura.

—¡Ah! Y no le he dicho á Vd. todavía lo que hay debajo de mi cama: hay otro cesto que tiene más de doscientos.

Por fin, Alfonso volvió cuando quiso.

Por supuesto, aunque lo hemos omitido, ya comprenderán nuestros lectores que el jóven iba más destrozado cada vez; las botas riéndose más, los pantalones carcomidos por abajo, como si los ratones se hubieran entretenido en rumiarlos, la levita sucia y raida, el sombrero apabullado, el aspecto tétrico; veinte dias hacia que no pagaba á la patrona y ya comenzaba á sentir los efectos naturales; pues á lo mejor, cuando iba á comer, le decia la criada:

—Señorito, hoy no hay pan, no puedo traérselo á Vd.; hoy no hay carne; procure Vd. pasar el dia con estos cardos.

Cuando miró sus botas se desconsoló; estaban pidiendo á gritos su relevo.

Notó que en el *saloncillo* empezaban á reirse de él.

Volvió cuando quiso, como hemos dicho, y el empresario le dijo:

—Todavía no he leído su obra de Vd.

Habian pasado dos meses, y al fin fué una vez al teatro decidido á tomar una resolucion.

—Pero ¿Vd. quiere ó no quiere leer mi drama?

—¡Pues no son poco altivos estos poetastros del dia! ¡Aunque no tuviera uno más que hacer que leer sus coplas! ¡Qué impaciente es Vd.! ¡No he visto cosa igual! ¡No hace más que dos meses que lo trajo y quiere que lo haya leído ya! ¡Si Vd. lo quiere se lo lleva! Lo que me sobran á mí son comedias. Trescientos autores tengo que me harian una comedia por un café y media tostada.

—No, no es reclamársela á Vd. ni venir á recogerla; pero tenga Vd. la bondad de leerla cuanto antes, pues sé que ha de gustarle.

—Mucho saber es eso, jóven; en fin, vuelva Vd. dentro de cinco dias y le prometo haber leído su manuscrito para entonces.

Volvió á los cinco dias y el empresario le dijo con el manuscrito en la mano:

—¡Ya he leído su obra de Vd.!

—¡Vamox á ver! y ¿qué le parece á Vd. de ella?

—Lo que yo creia; es una obra de sentimiento puramente; no se comprenden ciertas escenas que aquí pasan por la so-

ciudad de hoy, por los que hoy van al teatro; es una obra que no está en consonancia con la época en que nos hallamos; hay escenas insulsas, carecen de interés, están llenas de defectos de inexperiencia, hay frases inconvenientes y sobre todo mucho lirismo, y de lo que menos caso hace hoy el público es de los versos; en fin, la empresa no puede aceptarla. Yo lo siento mucho; disponga Vd. de mí para lo que quiera; tendríamos un fracaso el primer día que se estrenase, en cuanto vieran en el cartel que era un drama; escriba Vd. un sainetito con cuatro guasas y le haremos inmediatamente. Esto se lo digo á Vd. con sinceridad, porque Vd. me ha interesado, porque se me figura que está bastante necesitado y que le han engañado á Vd.

—¿Que me han engañado?

—Sí, hombre; á nadie se le ocurre ya escribir en serio.

Alfonso creía que soñaba.

—¡Pues señor! ¿No son nada Byron, ni Calderon, ni Espronceda? ¿Se considera ya á esos génius fuera de la literatura? ¿Es posible?

Y la mente de Alfonso se desvanecía pensando en semejantes cosas.

—Pero, vamos á ver, dijo Alfonso, á quien le habia herido bastante el juicio que el empresario habia formado de su obra; vamos á ver, ¿quiere Vd. decirme qué escena es la que ha encontrado insustancial? ¿Es tal vez aquella escena en que á Elisa se le cae el abanico al suelo y su amante va á cogerle?

—Sí señor, precisamente esa; ya ve Vd. que hay mucha inexperiencia. Aquello es una bobada.

—Y ¿qué me dice Vd. de aquella otra escena en que el pa-

dre se encuentra con que su hija ha deshonrado sus canas?

—Hombre, ya ve Vd. que esas cosas hace tiempo chocaban; pero hoy en escena no se sacan á relucir semejantes hechos porque á nadie interesan.

—¿Con que á nadie interesan? Bueno; ¿y de aquel final del tercer acto en que Víctor se mata desesperado? ¿Qué me dice Vd. de él?

—¡Hombre! Que eso es muy fuerte; que en lugar de llorar el público, se reiria...

—Pues ha de saber Vd., señor empresario, que en mi drama no hay ninguna escena en que se le caiga á Elisa el abanico y lo recoja su amante, ni ningun padre cuya hija haya deshonrado sus canas, ni se mata ninguno al final del tercer acto, ni existe ninguna de semejantes cosas; Vd. ha leído mi drama por el forro; me ha estado Vd. engañando de una manera miserable; siga Vd. así, siga, y el génio tendrá que agradecerle bastante. Está dando Vd. al público gato por liebre; obras traducidas, insípidas y malas por obras originales: está Vd. escarneciendo la memoria de Lope de Vega, de Rojas y de Calderon; pero ya llegará día en que Jesucristo venga con su látigo á echar á los mercaderes del templo.

—¡Arrogante está Vd.!

—Estoy arrogante porque veo que son todos Vds. unos miserables, porque veo que juegan con la juventud, y lo mismo que lo hace Vd. conmigo lo hará con otros; entregado á las nulidades que han trazado alrededor de Vd. un círculo de hierro para que los verdaderos poetas no puedan acercársele: bien empleado está el que se arruine como á casi todos Vds. les sucede; me ha hecho Vd. pasar dos me-

ses, ir y venir, perder el tiempo, privarme de llevar mi obra á otra empresa, ó de haberla arrojado al fuego para librar-me de semejante martirio, y ahora salimos con que no ha leído Vd. un renglon, con que ni siquiera sabe Vd. los nombres de los personajes que en ella juegan; ¡eso es indigno!

—¿Qué quiere Vd? contestó el empresario palideciendo y algo cortado por las fundadas acusaciones de Alfonso; usted debió comprender desde el principio que yo no iba á leer su obra, porque ha de saber Vd. que ninguna obra se lee; los manuscritos de los jóvenes se toman por compromiso, y luego se ponen en un monton; esa es una de las obligaciones del empresario, tener que dedicar un rincon de la casa para archivar manuscritos. ¿Le parece á Vd. eso poco duro? Pero para que no le coja de susto, voy á decírselo: no se haga usted ilusiones, lo mismo da que sea bueno que malo un manuscrito para presentárselo á una empresa; no se haga usted ilusiones joven; no siendo de autores conocidos en el teatro, ninguna obra se representa. Hay medios para poner en escena alguna, no siendo conocido el autor; pero esos medios no están al alcance de Vd.; por ejemplo, cuando una comedia viene recomendada por el que da el dinero al empresario, ó por algun acreedor suyo, que le obliga á ponerla en escena con el pagará en la mano, ó cuando la primera dama lo pone por condicion al firmar su contrato, ó cuando se interesa algun ministro; en fin, hay otros medios, pero creo que no están al alcance de Vd. Si Vd. no quiere ser desdichado, no escriba Vd. más; tire Vd. los bártulos, no vuelva á ocuparse de versos; ¡infeliz, no sabe Vd. dónde se ha metido! Para brillar en literatura, el mayor obstáculo que hay es el génio; más hacen, sobre todo en el teatro, los que no

tienen talento que los que lo tienen; porque los que no tienen talento no vienen con exigencias, y eso es lo que anima á la empresa y á la compañía á representar una comedia; la dama quiere *estirar* ó *encoger* su papel como bien le parezca, el galan hace lo propio, el gracioso quiere poner de su cosecha lo que se le antoja, y hé ahí cómo los hombres de carácter en este camino no hacen fortuna.

—¿De modo que la obra llegará al público convertida en un mamarracho?

—Pues, amigo mio, ese es el camino; se entiende, siendo ya uno conocido; no siéndolo es dar bocados al aire...

Alfonso cayó enfermo con motivo de aquel disgusto, que habia sido el mayor que tuvo en la vida, sin duda alguna, puesto que en aquel manuscrito se fundaban todas sus esperanzas. Varias veces entró en su cuarto á verle Eloy y le dió tambien sanos consejos sobre lo que debia hacer; le dijo que se dejase de hacer versos buenos y escenas interesantes; que lo que le convenia era abandonar las letras y dedicarse á las leyes ó cualquiera otra cosa; pero que si queria escribir, lo cual no le aconsejaba, hiciera obras ligeras, graciosas, de chiste, que eran las que á la sazón privaban, que era la literatura del porvenir; que el romanticismo era un cadáver, y en vano se afanaban por resucitarle; que á un poeta se le consideraba ya como loco; que escribiera política en un periódico; que él le daria entrada en alguna de las redacciones, donde ganaria la enorme cantidad de diez ó doce duros al mes por escribir un artículo de fondo diario; que así tendria proporcion para poner un par de banderillas al teatro del Príncipe, ya que tan mal le habia tratado, con lo cual podia desahogar su bñlis.

—¿Y qué hago yo de este drama, se decía Alfonso, si sé que es un drama literario, si sé que vale algo?

—Te aconsejo, amigo mio, que lo echés al fuego.

—¿No habrá ninguna otra empresa á donde llevarle?

—¡Já! ¡já! ¡Te pasaria lo mismo, hombre! ¿Quieres empezar el martirio otra vez?

—Pues ¿y el teatro del Circo?

—Allí no hacen más que obras de mágia; tiene la empresa un autor asalariado, al cual da dos pesetas cada dia por escribir una comedia al mes; así es que siempre verás en los carteles el nombre del mismo autor. Una idea: ¿no podria hacerse una zarzuela de tu drama? Lo llevaremos al teatro de Jovellanos, á ver si se hace algo. Es decir, no le llevaremos; iré á avistarme con el empresario á ver lo que determina; pues para admitir una obra, lo de ménos es que la empresa la conozca; la cuestion es verse con los que dirigen los teatros, hablar con ellos, entenderse, buscar un resquicio por donde introducirse; nada, nada, veré á los empresarios del teatro de Jovellanos; son amigos.

Al poco tiempo volvió Eloy donde su amigo y le dijo:

—Alfonso, no te se admite la zarzuela; hay doscientas cincuenta y siete delante de la tuya; ya ves, si esperas á que te toque el turno estarás ya calvo y decrepito, y lo que ménos pensarás será en tu obra.

—Y ¿qué hago yo ahora, despues de haber perdido dos meses y medio en inútiles ilusiones, despues de haberos sido gravoso, porque todos vosotros me habeis ayudado en medio de mi desgracia, despues que estoy debiendo á doña Protasia cerca de un mes...?

—Te diré; podrá ser que nos le compre un autor bastante

conocido, á quien tú has oido nombrar varias veces, y que vive de eso, de comprar obras de autores que no pueden representarlas, que no tienen influencia para que lleguen al público, y él las da con su nombre, cobrándose despues un ciento por ciento de lo que paga; tu drama le va á venir perfectamente; hará que al final de cada acto entren unos cuantos comparsas, hará un bailable ó dos, meterá un tipo de gracioso, y hé ahí, concluirá la zarzuela en dos noches; yo le veré, tal vez nos entendamos.

Salió otra vez de casa Eloy y volvió diciendo que habia encontrado á su hombre, pero que precisamente estaba en el café con dos autores á quienes habia dado de almorzar, y le estaban haciendo dos zarzuelas que al dia siguiente aparecian ya anunciadas en los carteles. Todas las puertas se cerraban ante los ojos de Alfonso; ya no habia escape.

Se acordó de la oposicion de su padre á que escribiese; se acordó de todas aquellas veces que oyó decir:

—¿Algo más le darán á Vd. las leyes que las letras!

Y se volvia loco; empezó á verlo todo por el lado negro; se formó una idea miserable, no solo del arte y de la literatura, sino de la sociedad entera.

—¿Venga tu drama! dijo Eloy conmovido por las consideraciones que Alfonso se hacia y por el triste estado á que se veia reducido; de una manera ó de otra yo he de salir de él, y poco ó mucho he de sacar algo por tu obra; he de revolver todo Madrid para conseguir mi objeto; esto lo tomo yo por mi cuenta; de algo ha de servir la influencia de que gozo entre toda esa canalla.

Alfonso le dió el manuscrito y Eloy salió de casa con él, decidido á no volver á ella sin dinero.

Habíale dicho su amigo que lo diese por cualquiera cosa; á tal grado habia llegado su desencanto.

Dió Eloy, por fin, con uno que compró el manuscrito en siete duros.

El comprador era un novelista, á quien le habia gustado el título del drama y se proponia aprovechar el argumento; leyó algunas de las escenas y comprendió que le servia.

No habian pasado muchos dias cuando se anunció por todas las esquinas de Madrid con grandes carteles y letras enormes: *La corona de espinas, novela original de costumbres.*

La novela hizo furor; valió al editor diez mil duros y treinta mil reales al novelista.

Entre tanto, ya los siete duros que logró Eloy sacar por el drama habian volado como el humo.

El pobre Alfonso seguia en la miseria y más enfermo cada vez; sin embargo, fué mejorando; cuando ya estuvo convaleciente escribió bajo la direccion de Eloy una comedia de gracioso.

Eloy le prometió hacérsela representar antes de quince dias, despues que la concluyese.

La comedia fué escrita en poco tiempo; fué hecha, como suele decirse, cuesta arriba; era un trabajo ímprobo el del pobre Alfonso; ¡él escribiendo chistes, él buscando juegos de palabras y salidas tontas é insípidas que hicieran reir á la gente!

Aquello le partia el corazon, pero no habia más remedio; la comida, el sombrero, la levita, las botas, el dia de mañana, todas estas ideas sombrías se le presentaban delante de sus ojos.

Con los siete duros no habia logrado salir de ningun compromiso absolutamente; poco más ó menos se quedó lo mismo que antes estaba; únicamente doña Protasia fué la que se aprovechó un poco de ellos.

Se acabó la comedia. Eloy corrió con todo, porque Alfonso no tenia corazon, ni alma, ni carácter para tratar con la gente de los teatros, con toda esa gavilla de perdidos y de far-santes, de brutos y de idiotas, que no saben más que darse tono ante los verdaderos génios y pisotear los laureles que el mérito y el talento alcanzan.

La comedia, por fin, se representó.

Cuando supo Alfonso los medios de que su amigo Eloy se hubo valido para hacer que llegase á la escena, se quedó descorazonado; supo que la recomendacion que más habia valido para que la obra se representara era la de un tendero de ultramarinos que desde hacia tres ó cuatro meses estaba fiando á la criada del empresario. Los resortes de que Eloy se valió para buscar aquella eficaz recomendacion no los conocemos, pero debieron ser idénticos.

Alfonso se fué al escenario desde media hora antes que la funcion empezase.

Hubo en el primer acto algunos chistes que fueron aplaudidos; Alfonso se alegraba y se desesperaba al mismo tiempo al oír aquellos aplausos; se alegraba porque iba á tener dinero, porque iba á tener éxito, porque iba á ser un autor dramático, y por lo tanto, se hallaba con una carrera para poder vivir; por otra parte se desesperaba porque encontraba insípidos é insulsos aquellos versos que los actores llamaban chistosos y en los que el público encontraba gracia.

Al acabar el primer acto, cuando algunos empezaban á

aplaudir, un chicheo general retumbó en el teatro: vino el acto segundo, y nadie se atrevió á aplaudir; hubo risas, es cierto, pero comprendió Alfonso que aquellas risas no eran para la obra, sino para el autor; al acabar el acto segundo, ya los chicheos se convirtieron en sonidos un poco más agudos, y se percibía por todas partes un rumor de terremoto que amenazaba hundir el edificio; por fin la tormenta descargó, y cayó sobre el escenario una nube de patatas, espárragos y otros comestibles; al mismo tiempo llamaban al autor como si el público tratara de hacerle recibir aquellos obsequios en persona.

Los cómicos, que al empezar la obra habian estado con Alfonso muy deferentes, empezaron á mirarle por encima del hombro; algunos le pisaban al pasar por su lado como muestra de desprecio.

De vez en cuando oía resonar en derredor suyo estas exclamaciones:

—¡Ese es el autor de la obra! ¿Qué habia de suceder?

Se hubiera considerado el pobre autor feliz si la tierra se hubiera abierto á sus piés y le hubiera tragado; sintió que la cabeza se le iba.

El rumor iba aumentando, y pedian todos el autor, así como las fieras hambrientas de los circos romanos pedian sus víctimas.

Quiso huir, pero los piés se le quedaban clavados en el suelo.

A su espalda oyó una vez este corto diálogo:

—¿Qué tal la obra de mi recomendado?

—¡Bastante caso volveré á hacer de las recomendaciones de Vd.!

—¡Pero si esto tenia que suceder! se decia Alfonso; ¡si yo no he nacido para escribir gracias! ¿Quién me ha metido á mí en esto?

Durante el tercer acto, los actores encontraron mil inconvenientes para seguir trabajando, pues habia en el teatro un olor endiablado; las localidades iban quedando vacías; todo el público iba marchándose más que de prisa; un fuerte olor á amoniaco lo inundaba todo; las damas estornudaban.

¡Ah! ¡Heliodoro estaba vengado! Todos los envidiosos, todos los miserables, todos los impotentes, todos los malvados que la literatura abriga en su seno, porque abriga muchos, habian desencadenado aquella noche sus furores contra el autor novel.

Heliodoro se vengaba de la bofetada que en Bilbao recibió; él era el que habia dirigido aquella derrota; él, que por entonces era un crítico reputado. Sus revistas eran leídas por actores y escritores con sumo respeto.

Era incapaz de hacer ninguna obra literaria; pero tal vez por lo mismo se sentia capaz de juzgarlas todas.

Heliodoro habia reunido en torno suyo á toda esa miserable cohorte de gacetilleros, revisteros, folletinistas, séres pobres y raquínicos, que despues de no haber encontrado entrada en ninguna carrera, despues de no haber valido jamás para hacer un drama, ni un libro, ni un verso, se refugian en el periodismo, recurso de todos los inútiles y de todos los ambiciosos, y se ensañan con los desdichados que tienen la desgracia de caer en sus manos.

Alfonso, con aquel golpe que recibió, volvió á ponerse enfermo; como es de suponer, el lance no era para ménos.

Al día siguiente todos los periódicos de Madrid se desencadenaron en improperios y en insultos contra el pobre autor. Cuando su padre tuvo la noticia de aquel fracaso, porque la tuvo sin tardanza, lo sintió un poco, eso sí, al fin y al cabo era padre; pero en medio de todo, exclamó con esa satisfacción del vencedor:

—¿Con que poeta, literato? ¡Pobre Alfonso! ¡Más te hubiera valido hacerte zapatero de viejo!

Eloy, á pesar de todo, ya hemos dicho que tenia buen corazón, no pudo ver con calma la caída que habia sufrido su amigo; caída injusta, porque en su concepto la comedia que se habia estrenado valia muchísimo, más que algunas de las que entonces estaban aplaudiéndose.

Pero no fué solo la venganza de Heliodoro la causa de todo aquello; Eloy tuvo algunos otros datos; durante el tiempo que el drama *La corona de espinas* estuvo en poder de la empresa del Príncipe, uno de los autores que alrededor del empresario andaban haciéndole la corte, cogió un día el ejemplar y debió parecerle la obra magnífica, puesto que á todos los círculos literarios á donde él acudia, que eran todos, fué hablando mal de Alfonso y diciendo que escribía unos versos pésimos y que concebía unos argumentos detestables; por otra parte, ya empezó á decirse entre los que de literatura se ocupaban que la novela *La corona de espinas*, que habia gustado tanto, estaba tomada del drama del mismo título que se habia presentado algun tiempo antes á la empresa del teatro del Príncipe.

Eloy fundó por entonces un periodiquito que escribía él solo, y que tenia por objeto criticar todo lo malo que en los teatros se ponía al público.

Escribió un artículo sobre la comedia de Alfonso, y fué el único periódico que dijo la verdad del caso.

La comedia era preciosa, divinamente versificada, por más que á su autor no le gustase; sin embargo, se hundió.

El resultado de todo aquello fué un desafío entre Alfonso y Heliodoro.

Como es natural, triunfó el culpable, y Alfonso fué herido.

Por entonces empezó á recibir de tiempo en tiempo, sin saber de dónde le venia, una carta que decia: «Una mujer agradecida;» y le incluía unas veces tres, otras cuatro y otras cinco duros.

Alfonso se habia olvidado de todo; decidió no volver á acordarse más de la literatura y trabajar en las leyes; no acababa de figurarse quién seria aquella mujer agradecida que le remitía aquello; alguna vez pensó en Emilia; pero desechaba de su mente aquella idea, pues segun él, Emilia no le debia ningun agradecimiento. Además, no habia vuelto á saber nada de ella.

La herida de Alfonso era leve y la curación iba progresando; entre tanto, Heliodoro se despachaba por Madrid á su gusto contra el soñador, el poeta, el romántico, como le llamaba en son de burla.

## CAPITULO VII.

## El dinero que recibia Alfonso.

Ya se habrá supuesto, sin necesidad de que lo dijéramos nosotros, que aquella jóven recién llegada á Madrid que se habia alojado durante algun tiempo en casa de la marquesa del Suspiro y que habia tenido que abandonar aquella casa á causa de la irritacion de la marquesa en cuanto supo que sus órdenes eran quebrantadas, ya se habrá supuesto que era Emilia.

Emilia al fin estaba en Madrid; no le apuró gran cosa su salida de la casa de la calle Ancha de San Bernardo, porque precisamente por aquella época tenia ya todo el trabajo que queria; es decir, nada le haria falta; sin embargo, lo sintió porque la señora Escolástica era una buena mujer y vivir sola le daba miedo.

Volvió á ver por las calles de Madrid á Julia, pero huía de ella cuanto podia; á todo trance evitaba encontrársela; iba la jóven más resplandeciente y más hermosa; cada vez era más alegre la sonrisa de sus labios y más animado el brillo de su mirada; sin embargo, á Emilia le daba horror sin saber por qué.

De quien nada volvió á saber fué de su compañera Teresa, aquella con quien vivió algun tiempo en la primera época que pasó en la córte.

Emilia hallábase contenta trabajando mucho, ganando bastante y guardando algo con objeto de formar un porvenir á su hijo, pero no llegaba á ser feliz. ¿Cómo habia de serlo si se encontraba sola? ¿Cómo habia de serlo si estaba separada de su hijo?

El primer mes le pasó bien; á los pocos dias comenzó á sentir ya un malestar que no acababa de explicarse.

Cada dos ó tres dias iba al correo y echaba allí una carta para Somorrostro; cada dos ó tres dias tambien recibia una carta de allá, en que le daban noticias de su hijo.

Cuando cuatro ó cinco dias pasaban sin recibir una carta, la jóven sufría; figurábasele que su hijo estaba enfermo ó que le habia pasado alguna cosa.

Comprendió entonces que le era imposible vivir lejos de aquel ángel que era el consuelo de sus penas.

Una vez envió á Somorrostro dinero con objeto de que José María y Rafaela atendieran á los primeros gastos del niño.

El dinero fué devuelto con una severa carta del alcalde, en que se quejaba de que Emilia hubiera dado aquel paso estando el niño con ellos y mirándole, como ya habian dicho, como á un nieta.

Algun tiempo despues supo Emilia que Alfonso se hallaba en Madrid, y tuvo noticias de la situacion en que se encontraba; no sabia la jóven qué hacer; algunas veces le vió, estuvo á punto de encontrarse con él al cruzar por aquellas calles; pero la dominaba el sentimiento de la vergüenza, y el

rostro se le enrojecia; por otra parte, tenia deseos de acercarse á él y decirle:

—Alfonso, ¡cuánto tengo que agradecerle! Vd. me libró de una afrenta por parte de aquel inspector infame de Bilbao; Vd. contribuyó en gran manera, en union de José María, á que yo me evadiera de la villa, librándome de las pesquisas de aquel hombre inexorable que me tendia un nuevo lazo; Vd. ha sido mi salvador; aquí estoy para servirle en cuanto pueda; vivo en tal sitio, en tal piso; todo cuanto tengo es suyo; si alguna vez le hiciera falta algo, recurra usted á mí, que mientras yo tenga, á Vd. no le faltará.

Sintió impulsos de echar á correr y decirle eso; pero una cosa habia en su corazon que le impedia dar semejante paso, y es que ya no miraba á Alfonso como su salvador, como á una persona á quien tiene que agradecerse algo; era ya otra cosa, y aquel sentimiento no tenia más remedio que ocultársele á todo el mundo, porque si no seria su vergüenza y su oprobio. Sintió que empezaba á amar á aquel jóven.

Cuando lo pensaba, se llenaba de amargura.

—¡Yo amar! Me está prohibido amar á una persona honrada; si esto se supiese, cómo se habian de reir todos; tal vez el mismo Alfonso se reiria tambien; porque yo soy una mujer indigna de todo amor; ¡qué atrevimiento si yo se lo dijera! No, no; moriré con este sentimiento oculto sin que lo sepa nadie.

Y sin darse cuenta de lo que hacia, Emilia se habia ido á vivir cerca del jóven.

Vivia en la misma calle; veíale desde su balcon, que estaba enfrente de los balcones de la señora Protasia; pero le miraba desde detrás de una persiana, de modo que no pudiera

ser vista; allí á todas horas oia su voz; todos los dias solia verle; hasta se enteraba de las conversaciones que sus amigos sostenian sobre él, pues aquella parte de la calle donde estaban las dos casas era precisamente la más estrecha.

Desde allí se enteró de todo cuanto á Alfonso le habia sucedido; volvió á sentir deseos de acercarse á él; le parecia una ingratitud grandísima no hablarle, no buscarle; sin embargo, no tenia valor para ello: se resignaba á estar cerca de él sin que él se apercibiese.

Tres cuidados resumian su existencia; ante todo el de su hijo, despues el de Alfonso, y por último el de hacer un pequeño capital para que el porvenir de aquel quedase asegurado.

Oyó un dia decir que Alfonso estaba enfermo; otro dia que Alfonso estaba pobre; por fin una vez oyó reñir á doña Protasia, que amenazaba al pobre huésped con *ponerle de patitas en la calle*; esta era su expresion.

Aquel dia le mandó tres duros.

Desde entonces, de tiempo en tiempo, le mandaba lo que buenamente podia, sin que su hijo saliera perjudicado.

## CAPITULO VIII.

*Relámpagos de nueva tempestad.*

Cuando á esta altura habian llegado las circunstancias, notó Emilia que alguno la atisbaba.

Empezó á observar la tenacidad de un hombre que la perseguía al cruzar las calles de Madrid; que cuando ella se paraba, se paraba también, y que cuando salía de casa se encontraba á la puerta observándola con atención como si tratara de reconocerla.

Ella tenía miedo; apenas podía levantar los ojos; no veía, por decirlo así, más que la sombra de aquel hombre, pero no se atrevía á mirarle á la cara.

Cuando iba á las tiendas á entregar trabajo, notaba que el hombre misterioso se quedaba en la calle esperando á que saliese.

No la decía una palabra ni hablaba con nadie; permanecía mudo, y parecía en medio de todo querer ocultarse, querer observar sin ser visto.

Por fin, una tarde, era sábado, á través del escaparate de una de las tiendas para donde más trabajaba y que mejor le

pagaban su trabajo, quiso saber quién era el hombre aquel, y trató de asegurarse de ello.

Fijóse un poco, y desde luego conoció en aquel hombre á Roberto, el terrible inspector de policía de Bilbao.

La sangre se le heló en las venas; se acordó de las precauciones que habian tenido José María y Alfonso para su salida de Bilbao; se acordó de lo que le dijo el alcalde de Somorrostro de que una nueva acusación pendía sobre su cabeza y de que recurriese á él, que le escribiese en seguida en cuanto notase algo, que él tenía el medio de salvarla.

Quedóse como clavada en el suelo; no se atrevía á dar un paso; figurábasele que en cuanto saliese de la tienda iba aquel hombre á cogerla de un brazo, pues no cabía duda, Roberto la habia conocido é iba á buscarla; ¿á qué iba á ir si no?

Volvería á atormentarla de nuevo, á querer rendirla á sus caprichos, ó esclavizarla para mucho tiempo dentro de una cárcel. Recordó que José María habia pagado ya la deuda que ella tenía con D. Adrian.

Se le figuró que todo el mundo se le venía encima; todo aquel porvenir de color de rosa que se le habia presentado desaparecía de pronto; la tormenta, algún tiempo hacia apaciguada, volvía á estallar de nuevo.

Todo lo vió negro; acometióla un vértigo horrible.

Buscó una ocasión oportuna en que Roberto le pareció algo distraído y salió de la tienda.

No sabia cómo caminar; si iba despacio, Roberto podría reconocerla en seguida y apoderarse de ella en cuanto quisiera; si iba de prisa, tanto mejor para que el inspector notase que huía.

Hé ahí la dificultad, tomar un término medio; ¿qué término debía ser ese? Andar ligera, pero no de prisa, para no ser alcanzada por el inspector; esto era difícil; el inspector la hubiera alcanzado en seguida.

¡Qué situación más angustiosa!

Y precisamente se le figuró á Emilia que el inspector la conoció cuando ella le miró, pues se encontró con la mirada de aquel y debió ella inmutarse.

Se reconvino por haber mirado, pues era sin duda la prueba que el inspector queria para acabar de conocer con quién se las estaba entendiendo.

Pensó dirigirse inmediatamente á su casa, pero se arrepintió de aquella idea, pues Roberto se enteraria de cuál era su domicilio y ya estaba perdida.

Empezó á dar rodeos por unas calles y otras; notaba que aquel hombre iba siguiéndola siempre; cuando aligeraba el paso, aquel hombre le aligeraba tambien; cuando le acortaba, aquel hombre iba tambien acortándole.

¡Oh, qué amargura! ¿Cómo perderse?

Desde luego conoció que esta era la única solución, y se dirigió hácia la Puerta del Sol; allí, con motivo del gentío que siempre hay, le seria más fácil perderse de vista, y hácia allí fué; pero por más vueltas que daba, por más esquinas que volvía, por más calles que atravesaba nada pudo lograr; siempre detrás aquel hombre, que se habia convertido en su sombra.

Ya llevaba una hora de andar é iba cansándose; debía ir muy alterada, y aquello la denunciaba sin duda. ¡Qué aflicción!

¿Y cómo volver ya á su casa? Aquel hombre iria tras

ella y ya no se contentaria con quedarse á la puerta, sino que subiria detrás y se apoderaria de la jóven.

Emilia iba aturdida; tal vez por eso cruzaba dos ó tres veces una misma calle, sin acordarse que la habia andado ya.

Tales cosas eran sumamente perjudiciales, pues bastaban para que se enterase el perseguidor de las intenciones de la persona á quien perseguía; mas, algo habia que hacer.

Algunas veces se le figuraba que Roberto no la seguía, y así parecia al principio; entonces miraba á un lado y á otro, pero en uno ú otro lado le veía, ya más lejos, ya más cerca.

Aquel tira y afloja del inspector no tenia otro objeto que cerciorarse de las intenciones de Emilia.

Una idea salvadora le ocurrió á la jóven cuando Roberto estuvo una vez á cierta distancia, y precisamente se encontró con uno que le hablaba; abrió rápidamente la portezuela de un coche, y dando al cocheró una órden, añadió:

—¡A escape!

El coche partió como una exhalación.

Tenia que pasar por un sitio cercano á aquel donde el inspector se hallaba, y este, que se vió burlado, quiso avanzar hácia el carruaje dos ó tres veces; llamó al cocheró, pero éste, con el ruido, nada oyó, y por fin el vehículo se confundió entre todos los demás que cruzaban por allí.

## CAPITULO IX.

## La bajada al abismo paso á paso.

Empezó para Emilia una situación difícil; de volver á aquellas tiendas, hasta donde el inspector la había seguido algunas veces, indudablemente volvería á caer bajo su poder; de no acudir perdía su modo de vivir, pues estando en ellas acreditada, no le era difícil ganar para mantenerse, y para hacer poco á poco un porvenir para su hijo; pero no había más remedio que abandonar todos los sitios adonde antes tenía que acudir; lo principal era librarse del inspector, hacerle perder la pista; con dicho objeto, el recado que había dado al cochero al subir al vehículo en la Puerta del Sol había sido para la casa de una amiga; porque desde luego comprendió que Roberto iría á su casa en seguida, puesto que ya era conocida por él, y á su puerta había estado varias veces esperando su salida ó su llegada.

Pero por más que Emilia no lo hubiera previsto y confiase mucho en sus fuerzas, otra situación más triste aun comenzó para ella; los primeros días los pasó en casa de aquella amiga donde desde luego fué; pero después volvió á vivir sola.

Cada día fué tropezando con mayores dificultades; como tenía que evitar el ir por ciertos sitios en donde de seguro estaría Roberto, y á ciertas tiendas que era donde más trabajo le daban, sucedió que mil entorpecimientos se le ponían al paso para cualquiera cosa.

Pensaba en ir á ver á la señora Escolástica, pero recordaba que alguna vez el inspector la había seguido hácia allí.

De estas precauciones vino necesariamente cierta reconcentración, cierto temor que la embargaba.

Las primeras contrariedades que sintió la llenaron de pavor.

Pensando otra vez en la miseria, entregóse á tristes reflexiones, y amargábale la idea de que volverían á dar otra vez con sus huellas y de nuevo comenzaría su tormento, y mucho más sabiendo, como sabía, que el inspector había dicho á José María y á Alfonso que tenía derecho para prenderla.

Entonces se le venía á la mente su salida de Bilbao, que fué más bien una fuga; hasta llegó á creer la desdichada joven que aquel hombre había ido á Madrid solo por perseguirla; no tenía conocimiento de que hubiese sido trasladado Roberto.

A medida que fué viendo oscurecerse más el horizonte, se interesaba más por su hijo; ya era casi todos los días cuando escribía á Somorrostro, exigiendo también que le escribieran más á menudo qué era de él.

Sin embargo, en el poco tiempo que llevaba sola no había hecho más que trabajar desde la mañana hasta la noche sin levantar cabeza; tenía suficiente para resistir un mes ó dos meses de azares, pero este tiempo pasó; el trabajo que le

daban iba á ménos. Habia tenido á su llegada á Madrid, por medio de la recomendación de la señora Escolástica, la fortuna de encontrarse con medios para ganar cuanto quisiese; pero esa fortuna, á la mujer que con las condiciones de Emilia entra en la córte, se le presenta solo una vez; si la ocasion deja escaparse, ¡adios, ya no vuelve á presentarse nunca!

El temor que tenia Emilia de encontrarse con Roberto se convirtió en pánico; cuando iba por la calle, á lo mejor volvia la cabeza sobresaltada creyendo que la seguia alguno; cuando alguno la saludaba mudaba de color hasta cerciorarse de quién era aquel.

Cuando se le pasaba un dia sin recibir carta de Somorrostro, en seguida tomaba la pluma y decia á los alcaldes:

—¿Y mi hijo? Hoy no me han dicho Vds. nada de mi hijo. ¿Es que está enfermo? ¡Por Dios, no me oculten ustedes nada!

Ya llegó á resumirse todo el ideal de Emilia en tener á su lado á aquella criatura de sus entrañas; podia haberlo hecho hacia un mes, hacia mes y medio; era preciso que se presentasen circunstancias más favorables; y ¿quién le respondia de que se presentarían estas?

Vivia en un barrio bastante retirado del centro; las tiendas que por allí habia y que la daban algo que hacer, aunque poco, como hemos dicho, pagaban mal; sin embargo, se daba por satisfecha porque habia vuelto á hacerse su modo de vivir, por más que nada pudiese guardar.

Tambien dió la casualidad de que pocos dias antes de abandonar la casa de la calle de Jacometrezo tuvo noticia de la enfermedad de Alfonso y comprendió que era un deber sagrado mandarle algo, mucho más conociendo ya

como conocia la situacion desesperada en que se encontraba el que fué otro dia salvador de su honra.

Habia tenido tambien la jóven el fracaso de no haberse determinado á sacar nada de la casa antigua; dos veces á distinta hora se habia acercado á ella con objeto de sacar los muebles y el equipaje que allí tenia y trasladarlos á su nuevo domicilio; pero siempre habia creído entrever en uno de los portales inmediatos al inspector escondido entre la sombra; aquello le dió frio, le dió espanto, y retrocedió:

—El caso es, se decia, que si estoy cuatro ó cinco dias sin volver á casa se sospechará que he desaparecido y entrarán en mis habitaciones una vez seguros de que han sido abandonadas; harán con mis muebles lo que quierán; los venderán, aunque valen poco, ó los pondrán en medio del arroyo; en fin, Dios sabe, démoslos por perdidos; y juró no volver á poner los piés en la calle de Jacometrezo.

En esta situacion tuvo otro gran disgusto; vió que el inspector empezó á pasear por su calle.

Roberto llegó á ser su eterna pesadilla; le veia en sueños, creia encontrarle solo con salir al portal.

Comprendió que no tenia más remedio que escasear las salidas, porque corria peligro.

Sin duda el inspector habia tenido alguna noticia del camino que llevó el coche; no cabia duda que vigilaba.

Cierto dia le vió Emilia pasar tres veces por la calle; aquello le llenó de horror; buscó una ocasion oportuna en que de ningun modo pudiera ser vista para trasladarse á otra casa; todo esto, naturalmente, costaba bastante; tenia sus gastos y habia pérdidas; era preciso pagar el mes entero en cualquiera casa á que fuera, y casi siempre tenia ya pa-

gado el mismo mes en la casa de que salia; una ilusion seria tratar de recobrar el importe de aquellos dias que dejaba de habitar en un domicilio, porque á los caseros nada les importa de las aficciones de los inquilinos; lo que ellos quieren es cobrar la renta; inútil seria ablandarles, aunque faltasen veintiocho dias para cumplir el mes que Emilia habia pagado ya, pues un casero no se ablanda nunca.

A todo esto, el horizonte se iba oscureciendo, el porvenir se iba cerrando; nuevos tropiezos, nuevos inconvenientes, nuevas dificultades para volver á empezar á buscar trabajo; aquello se iba haciendo ya el camino de la amargura.

Emilia se habia trasladado á otro barrio opuesto á aquel en que habia vivido últimamente; del barrio de la Universidad se habia trasladado al barrio del Hospital.

Como puede suponerse, volvía á encontrarse sola y abandonada, sin conocimiento ninguno y sin apoyo de ningun género, en el último barrio á donde se trasladaba.

Comprendió la jóven cómo el mal iba creciendo, cómo los caminos se le iban cerrando, cómo lo que creyó cielo sereno se iba cubriendo de nubes; pero tambien conoció que, una vez en manos de Roberto, su perdicion era segura y la de su hijo tambien, puesto que ella le perdia.

Midió, por decirlo así, las amarguras que en Madrid le esperaban; irse de Madrid otra vez seria una locura; ni aun remotamente se le ocurrió siquiera pensar en tomar tal determinacion.

Precisamente era cuando con ménos recursos contaba, cuando su ánimo estaba más abatido, cuando sus pensamientos eran más negros y su aficcion más profunda; era cuando lo más crudo del invierno llegaba; mediaba Diciembre.

ciembre. Vivía la jóven en un sotabanco de la plaza de Anton Martin, esquina á la calle de la Magdalena.

El tiempo empezaba á ser cruel; el frio penetraba por los rotos cristales de las vidrieras del sotabanco, que daban sobre las tejas; Emilia habia instantes en que tiritaba de frio, y sin embargo, poner un brasero para calentarse un poco, para librarse de los rigores de la estacion, era un dispendio que no podia permitirse. Pues qué, ¿estaba tan sobrada de recursos?

Ganaba ménos que cuando vivía en el barrio de la Universidad.

Como habia prometido no volver por el centro de la poblacion, reducíase á los recursos del barrio; en aquel barrio hay pocas tiendas que pudieran servirle para el caso, para lo que ella necesitaba, para que le dieran costura; como las tiendas son pocas y más miserables, naturalmente, tenia ménos trabajo y lo pagaban aun peor.

Cuando veía el sol entoldarse de nubarrones negros, cuando veía la fuente de la plazuela inmediata helada con la escarcha, no tenia más que un pensamiento, su hijo; no se fijaba en los pobres vestidos que cubrian su cuerpo; no se fijaba en que los vidrios de su ventana estaban rotos y el agua y el viento penetraban por ellos; no se fijaba en su pobre lecho, en su triste mañana si la salud le llegaba á faltar, en su soledad, en su crítica situacion, no; iba su mente hácia aquel pedazo de costa donde quedaba el aliento de su aliento, la vida de su vida, donde habia dejado el espíritu que la animaba á seguir el camino de la existencia; ¡pensaba en su hijo!

—¡Qué mal tiempo! solía exclamar; ¿qué será de mi hijo?

¿Hará buen tiempo por allí? ¿Si pasará frío el angelito? Mala está la época para traerle conmigo; mala en todos sentidos; primero, por los pocos recursos con que cuento; segundo, por el tiempo que hace; pero ¿con qué gusto le daría ahora un beso!

Inclinaba la frente y se ponía á pensar tal vez en el beso que habia de dar á su hijo.

El día que recibia de Somorrostro una carta concebida en estos términos:

«Su hijo de Vd. está hoy muy contento, no hace más que reir.

»El tiempo está bueno.

»No tenga Vd. cuidado ninguno; vamos tomándole un cariño grandísimo; José María está chocho con él.

RAFAELA.»

aquel día era para la pobre Emilia un día venturoso.

Cuando no recibia carta estaba triste, sobresaltada y con cuidado.

Un día tomó la pluma y escribió:

«Señora doña Rafaela: ¿De qué buena gana estaria ahora ahí con Vds. y al lado de mi hijo! ¿De qué buena gana tendria en mi compañía á ese pedazo de mi corazón! Pero por ahora es imposible; sin embargo, confio poder ir pronto á darle un beso y un abrazo; en cuanto pueda disponer de algo para hacer el viaje me voy.

»Iba á decirle á Vd. que si habia alguna ocasion para mandarme á mi pobre criaturita lo hiciera; pero ahora mucho de opinion; no me la mande, no; ¿seria tan fácil un fracaso por esos caminos! ¿Y luego con el tiempo que hace!

¡Ay! no, no haga caso de mí; téngale en su casa, quiérale mucho, que día llegará en que yo le vea.

»Sigo descuidada respecto al modo con que Vds. le tratarán, pues sé que le miran como á un hijo.»

Pasaron los días, pasaron los meses; cartas fueron de Madrid, cartas llegaron á Madrid desde Somorrostro.

Por fin recibió una carta Emilia en que le decia Rafaela:

«El niño está hoy bastante incómodo; no hace más que llorar; no sé qué tendrá; no me parece que sea cosa de curarlo, pues le ha visto el cirujano del pueblo y nos ha dicho que no tengamos temor ninguno.

»La nodriza le cuida perfectamente; ya le dije á Vd. que era ésta persona de toda nuestra confianza, casi pariente, del vecino valle de Baracaldo.

»Si pongo en conocimiento de Vd. esta novedad, no es porque temamos que sobrevenga mal alguno al niño; solo lo hago por cumplir con Vd. el compromiso que tengo de no ocultarle nada, ni la menor cosa, por insignificante que sea.»

Emilia estuvo el día que recibió la carta anterior y el siguiente en una agitacion continua; cierta preocupacion la dominaba, cierta melancolia se retrataba en su semblante.

Trabajaba cada vez menos y con menos gusto; y como es natural, como trabajaba menos los recursos se le iban acabando.

Pensó algunas veces en Alfonso y conoció que era un deber buscarle, decirle dónde estaba; pero ¿para qué, si ella por él no podia hacer nada? Se encontraba en la miseria, desalentada, aislada y sin medios para protegerle.

De vez en cuando oia el nombre del jóven, ó bien lo leia

en el cartel de una esquina, anunciando una comedia ó un libro; pero en medio de su indecision comprendia que se portaba mal, que Alfonso la buscaria, y que en vez de facilitarle el camino para que diese con ella, huía y hasta procuraba esconderse.

Pero cuanto más fué decayendo Emilia, con motivo de su aislamiento y con motivo de las últimas noticias que tenia de su hijo, por más que estas no fueran alarmantes, se fué haciendo más desconfiada, más uraña, más temerosa; así es que apenas ponía el pié en la calle se sentia inquieta; parecía que la vista del inspector iba á caer sobre ella.

Observó que algunas veces al entrar en su casa de la plaza de Anton Martin, poco antes de llegar á la puerta pronunciaban su nombre; esto sucedia todos los dias.

Algunas veces se atrevió á mirar quién la llamaba, pues era voz de mujer la que oia, y no vió á nadie; indudablemente la conocian; ella estaba segura de que en su antigua casa de la calle de Jacometrezo nadie sabia dónde se marchó á vivir; además, no habia vuelto á ver tampoco desde hacia mucho tiempo á la señora Escolástica y esta ignoraba igualmente el domicilio de la jóven.

Hubiera tenido un placer en encontrarse con Alfonso, á quien estaba tan agradecida; reconocia los buenos sentimientos del jóven.

De haberse encontrado ella en otra situacion, le hubiera amado; pero en aquella que se veía, perseguida, sola, abandonada, con un hijo que era su afrenta, hubiera creido que era un delito amar á Alfonso, hubiérale parecido una profanacion semejante cosa; así es que hasta cierto punto se alegraba de alejarse de él y de que él no diese con ella.

Hubiérale hecho cuantos beneficios hubiera podido, pero no queria hacerle participe de la gran desgracia que sobre ella pesaba; así es que, en lugar de procurar verle, procuraba no encontrarse con él y lograba hacerlo.

En esta situacion, Emilia enfermó; una señora de la misma casa, la del cuarto principal, á quien Emilia le habia hecho algunos trabajos y que habia quedado sumamente complacida de ellos, la ayudó un poco, la dió algunas cantidades y muchos dias subia á ver qué tal seguía; además hizo que la visitara el médico de la casa.

Emilia tenia siempre un nombre en sus labios, una lágrima en sus ojos y una sombra en su frente; aquel nombre era Antonio; era el nombre que habia dado á su hijo; aquella era ya la única idea que tenazmente estaba golpeando su cerebro, era el único sentimiento que animaba todos los latidos de su corazon.

---

## CAPITULO X.

Cuando pongais en práctica este sistema, elegid las más caras.

El pobre Alfonso, al fin y al cabo, logró ganar algo con la literatura, siquiera para hacer una vida pobre llena de sinsabores, estrecha, reducida hasta lo último; aquello no era vida, era un martirio.

Admitíanle algunos artículos y algunos versos en los periódicos literarios, y aunque poco, le daban algo por ellos.

Algunos de aquellos artículos, que llamaron la atención del público y que la prensa reprodujo, valieron á su autor treinta reales.

Con treinta reales vivía cuatro ó cinco días, y el escrito estaba leyéndose durante un mes por todas partes.

Tradujo algunas obras francesas, algunos folletines, puso en escena algunas comedias traducidas también, que era el único modo de que se las tomasen; últimamente las escribía originales, y ponía al frente del manuscrito:

«Traducción de Scribe, ó de Feuillet.»

Pero aquel modo de vivir era malo.

Eloy se había portado bien con él; sin embargo, tenía un genio más á propósito para vivir que su amigo, más activo, más emprendedor; así es que mientras Alfonso hacía una

obra que le valía quinientos reales y se pasaban veinte días ó un mes para acabarla, pues trabajaba á conciencia, Eloy hacía diez ó doce obras.

De todos modos, ellos vivían y se arreglaban.

Alfonso se decidió á trabajar también de abogado; pero lo mismo fuera que no se hubiera decidido, porque ningún pleito apareció por su casa; los clientes eran quienes debían decidirse, y ninguno de ellos quiso tomar semejante resolución; de modo que sentado á la mesa de su cuarto esperaba los pleitos que le llevasen, murmurando aquellas palabras que había oído resonar siempre en derredor suyo:

«Vamos, con las leyes ya tiene Vd. un modo de vivir.»

Algun tiempo pasó, y tuvo ya la seguridad el pobre Alfonso de que si para vivir no hubiera tenido más recurso que su carrera de abogado, á los pocos días se hubiera muerto de hambre; en medio de todos los sinsabores que la literatura le había proporcionado, comprendió que, si no por ella, no hubiera podido seguir viviendo en Madrid ni siquiera tres meses.

Eran ya febriles los deseos que Alfonso tenía por buscar á Emilia, por dar con ella; por más que indagaba no podía acertar con su paradero.

Cuando salía en busca de la joven y volvía á casa sin haber logrado su propósito, se afligía porque había perdido ya las huellas de la mujer que verdaderamente estaba amando; pero en medio de todo se alegraba, porque de nada le serviría hallarla en la situación en que se encontraba; pobre, sin recursos, comprendía que la sería gravoso; pues la mujer, agradecida, se privaría de lo más necesario por dárselo á él.

Ya no le cupo duda de que aquellas cantidades que había

estado recibiendo durante algun tiempo habian sido enviadas por la jóven.

En medio de todo, no se pasaba un solo dia sin que diese Alfonso un paso en busca de Emilia.

Por aquella época precisamente vino Julio á Madrid.

Julio, como ya veremos, no vivia con su tia, la marquesa del Suspiro; preferia vivir con sus compañeros de estudio.

Al llegar á Madrid pudo haberse ido con Alfonso ó con Heliodoro, pero prefirió irse con Alfonso.

Con respecto al viaje nocturno de Heliodoro á Castro nada supo; pero la verdad es que empezaba á sospechar algo del excéptico.

La causa de no vivir Julio con su tia, la marquesa del Suspiro, era muy sencilla, conociendo las costumbres, como ya las conocemos, de la casa de la marquesa. Esta no queria que fueran quebrantadas en lo más minimo, como lo serian si Julio viviera allí; el jóven necesitaba ir de noche á algun café, á alguna reunion con sus amigos; eso, en casa de la marquesa del Suspiro, hubiera sido traspasar los límites.

Luego Julio necesariamente hubiera tenido visitas, ¿y quién sabe qué visitas serian aquellas? ¡Hay jóvenes de tan malas costumbres! ¡Hay tantos vicios en la juventud del dia! Así es que buenamente habian acordado entre la marquesa y su sobrino que este fuera á vivir con sus compañeros y que fuese á comer cuando quisiera á casa de su tia.

Solia hacerlo muy á menudo, y aquel invierno con más frecuencia que nunca, puesto que su hermana estaba con la marquesa, como ya sabemos.

La venida de Julio hizo abrirse ante los ojos de Alfonso un nuevo porvenir.

A Julio jamás le faltaba dinero; tenia un carácter adorable y sencillo; jamás le negó nada su familia, que, como hemos dicho, era generosa y complaciente con él; de modo que ya la necesidad de comer y vestir no fué para Alfonso tan amenazadora como hasta entonces lo habia sido.

Julio se incomodó al ver que su amigo no le habia hecho partícipe de sus amarguras, pues aun estando ausente pudiera haberle ayudado.

De todos modos, estuvieron más alegres Alfonso y Eloy; ya de vez en cuando iban al teatro juntos, ya á los paseos, ya al café; por supuesto, Julio siempre pagaba; Eloy se arreglaba de manera que jamás tenia un cuarto en el bolsillo, ó por lo ménos eso decia.

Para Eloy habia empezado por entonces una época de decadencia; ya no encontraba la facilidad que habia tenido hasta entonces de que le admitiesen comedias en los teatros y libros en las casas de los editores.

Parece que sus últimas obras habian dado poquísimo resultado, pues ya el público se iba cansando de tanta superficialidad, y el que en el apogeo de sus glorias y de sus hechos siempre anduvo escaso de dinero, ¿cómo no andaria cuando el negocio empezó á presentar mal carácter? Debia ya bastante á la señora Protasia.

Daba la casualidad que durante los dias que esta estuvo más feroz contra el pobre Eloy con motivo de la deuda del jóven, habia chocado en casa de Julio lo mucho que este gastaba, y habíanle llamado al órden.

No le negaron nada, eso no; pero Julio, que era un chico de claro criterio, comprendió que tenian alguna razon sus padres y sus tios, y procuró en adelante no ser tan pródigo.

Sin embargo, Julio trató de pagar del mejor modo que pudiese la deuda de Eloy, pero este le dijo:

—No hagas tal; si habias de dar treinta ó treinta y cinco duros á doña Protasia, dame á mí cinco y no le des nada á ella; con cinco duros me mudo de casa y tengo para pasar dos ó tres dias; en dos ó tres dias hago yo lo ménos dos comedias, y si no me toman la una, me tomarán la otra; conque, ¡vamos! ¡No seas tonto! Dame los cinco duros, y verás cómo se la pego á esta patrona inflexible. Luego que rabie y que patalee. Si á vosotros os pide algo decid que no teneis que ver nada conmigo.

—Pero no es justo que te separes de nosotros, dijo Julio llevado de un sentimiento de generosidad.

—Francamente, no es solo por la casa por lo que quiero mudarme de aquí; es que ya no me gusta este barrio. No hay esquina, ni portal, ni tienda donde no tenga un acreedor; por esta parte de Madrid no puedo vivir ya; me voy al otro extremo, allá hácia el barrio del Hospital ó de Atocha; á cualquier lado, con tal que esté lejos, muy lejos.

Daba la casualidad que al dia siguiente de esta conversacion estaban Julio, Eloy y Alfonso invitados á una *soirée*.

Alfonso habia ido á algunas, pero con cierto disgusto; no estaba su ánimo para asistir á reuniones.

Eloy iba á todas cuantas podia, y no se privaba de nada fuese cual fuese su situacion económica.

Julio procuraba hacer lo propio.

Decidió Eloy mudarse aquel mismo dia; al efecto hizo cuatro ó cinco viajes, llevándose consigo todas las ropas que valian algo y que tenia en el baul, de modo que al poco tiempo ya no quedaba en casa de doña Protasia más que al-

gunos pantalones viejos, algunas botas rotas y algunas piedras que Eloy habia metido en el baul para que hicieran peso y creyese la patrona que contenia todo el equipaje.

Lo hizo todo con una habilidad pasmosa; se conocia que estaba acostumbrado á despedirse siempre de igual manera en todas las casas donde vivia.

Dióle Julio los cinco duros.

Como viese que sus botas se hallaban en un estado deplorable y no tenia otras con qué reemplazarlas, y además que al dia siguiente tenia que asistir á una reunion, se dijo:

—Poco es para unas botas de charol buenas, porque yo lo gasto todo bueno, eso sí, cueste lo que cueste; poco es cinco duros, si á eso hay que añadir los gastos de la mudanza y otras cosas por el estilo; nada, nada, yo lo arreglaré sin necesidad de pedir dinero.

Decidió irse de la casa despues de la una de la tarde, es decir, despues de haber almorzado.

Se fué por la mañana á una zapatería de las de más lujo de Madrid y buscó un par de botas magníficas que le gustaban, despues de habérselas probado y de habérselas mirado bien, le dijo al dueño del establecimiento:

—¡Tenga Vd. la bondad de mandármelas de once y media á doce á mi casa, calle de Jacometrezo, núm..., piso tercero.

—Bueno, le dijo el zapatero; allá se las mandaré.

En seguida se fué á otra zapatería, tambien de las mejores de Madrid, y pidió otro par de botas magníficas, enteramente iguales á las anteriores; era el mejor calzado que deseguro se vendia en Madrid; buscó las que mejor le venian, y le dijo igualmente al dueño de la tienda que se las llevara á su

casa de doce á doce y media, y por supuesto que allí se las pagaria, como al otro le dijo tambien.

Hizo despues varios encargos por el mismo estilo y á las once y media en punto se encontraba ya en su casa Eloy esperando las botas.

Fué el primero de los zapateros; púsose Eloy las botas y empezó á quejarse del pié izquierdo; entonces le dijo al hombre que las habia llevado:

—¡Caramba! ¡Cómo me oprime esta izquierda! No habia reparado yo esto; ¡si pudiera Vd. meterla en la horma para que diera más de sí...!

—Sí, señor, en seguida; es cosa de una hora.

—Es que las necesito hoy mismo; dijo Eloy con mucha formalidad.

—Pues hoy mismo la tendrá Vd. aquí.

—Bueno, pues no falte Vd. á las tres y media de la tarde.

El zapatero cogió su bota y se fué sin ninguna desconfianza, puesto que ninguna podia tener.

Antes que llegara la hora del almuerzo presentóse el otro zapatero; Eloy se puso las botas que le trajo y empezó á quejarse del pié derecho; luego le dijo á quien las habia llevado:

—¡Caramba! ¡Cómo me oprime esta derecha! ¿Pudiera Vd. llevarla á que la ensancharan en un momento?

—Sí, señor; eso en seguida lo hacemos.

—Es que las necesito para las tres y media en punto; que no falte.

—No faltaré, dijo el hombre, y salió de la casa en direccion á su establecimiento.

Acto continuo Eloy se puso la izquierda del uno y la derecha del otro, y vió que eran enteramente iguales; era un magnífico par de botas aquel; ¡cómo latia su corazon al contemplarlas!

Almorzó con mucha serenidad, se despidió de sus amigos y se fué de la casa dando taconazos por las calles.

A las tres y media en punto de aquel mismo dia reuníanse los dos zapateros en la *casa de la Verruga*:

—¿Y el señorito Eloy?

—Se ha ido, les dijeron las criadas.

—Bueno, pues ya volveremos.

Volvieron á la hora de comer, y al dia siguiente á la hora de almorzar y por la noche de aquel dia, hasta que al fin conocieron los dos hombres que eran víctimas de un engaño.

—¿Y qué hacemos, dijo uno, yo con una bota izquierda que para nada me sirve, y Vd., compañero, con otra bota derecha que no le sirve absolutamente para nada?

Alfonso les sacó de aquel compromiso diciéndoles que echaran á suertes y que aquel que ganara se llevara el par entero.

Echaron á suertes y el que ganó se llevó debajo del brazo su par de botas alegremente y bendijo la ocurrencia del jóven.

El otro miró á Alfonso irritado, como era natural.